P. VINDEL
LIBRERO
ANTICUARIO
9, Calle del Prado, 9.
MADRID

11280

Hurtado (Antonio)

Una pagina de oro

L. Maria Perez

Bogotá 1873

3

EL ECO DEL TEATRO.

Periodico quincenal.

COLECCION

de las mas escojidas obras dramáticas y líricas

que se representan en el Teatro de Bogotá.

Sr D. Jose Pagabra

ENTREGAS 1.ª 2.ª Y 3.ª

BOGOTA.

IMPRESO POR CANDIDO PONTON.

20 DE JULIO DE 1873.

Cada entrega vale 20 cvos. Abono por 12 entregas $ 2.

EL ECO DEL TEATRO.

PERIODICO QUINCENAL.

COLECCION DE LAS MAS ESCOGIDAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LOS MAS AFAMADOS ESCRITORES.

TOMO I.

Editor, CÁNDIDO PONTON.
Agente general, MELITON A. HEREDIA.

BOGOTÁ.

IMPRESO POR CANDIDO PONTON.

1873.

UNA PAGINA DE ORO

O

EL SITIO DE CARTAGENA EN 1815.

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

arreglado á la escena colombiana, sobre el que escribieron en España los afamados literatos

DON ANTONIO HURTADO

Y

DON GASPAR NUÑEZ DE ARCE,

bajo el título de "La Jota Aragonesa," por el director del Teatro de Bogotá.

Lazaro Maria Perez

y representado por primera vez en Bogotá el DIA 20 DE JULIO DE 1873.

Lazaro María Pérez

BOGOTÁ.

IMPRESO POR CANDIDO PONTON.

1873.

A LOS LECTORES.

Dos literatos distinguidos, don Antonio Hurtado y don Gaspar Núñez de Arce, escribieron en España un famoso drama, titulado *La jota aragonesa*, destinado á enaltecer el glorioso comportamiento de los aragoneses, en el memorable sitio de Zaragoza. La lectura de una obra tan bella, y cuyo verdadero buen éxito solo podia alcanzarse en el escenario español, sujirió á un amigo mio la idea de que la hiciera adaptable á nuestra escena, refiriéndola á la gloriosa defensa de Cartagena, en 1815. Confieso que tuve mis escrúpulos; pero venció mi vanidad de cartagenero, y el deseo de revestir con formas tan bellísimas la gloriosa inmolacion de mi ciudad natal, en aquella espantosa epopeya.

Hoy me entrego al público con mi patriótico plágio. Nada es mio. Tampoco reclamo nada. Me basta haber conseguido que dos ingénios españoles me hayan prestado sus plumas de oro, para enaltecer el cruento sacrificio de mi pobre patria en 1815.

Bogotá, junio 30 de 1873.

LAZARO MARIA PEREZ.

673337

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA CÁRMEN	Señora Josefa Fernández.
PILAR, su hija	Señora Josefa Zafrané.
DON PABLO	Señor Eloy Izásiga.
EL SEÑOR CEREZO, labrador	Señor Francisco de P. Santander.
JUAN QUIÑÓNES, sargento	Señor Honorato Barriga.
MARTIN	Señor Meliton A. Heredia.
LUIS, primo y prometido de Pilar.	Señor Domingo Tórres M.
PEDRO CORTÉS, contrabandista.	Señor Epifanio Navarro.
BLAS, mozo de la quinta	Señor Bernardino Lombana F.
UN CARTAGENERO	Señor Antonio Zerda.
SOLDADOS Y PUEBLO	Individuos de la comparsa.

El primer acto, en las cercanías de Cartagena; el segundo y tercero en Cartagena.—1815.

ACTO PRIMERO.

Habitacion de una casa de campo en las inmediaciones de Cartagena. Esta habitacion, coronada de tiestos de flores, estará cerrada en el fondo por una verja de madera, entrelazada de enredaderas. Á la izquierda del espectador, habrá una escalinata por donde ingresan en la escena los actores.

Dentro de la habitacion, en primer término y á la izquierda del espectador, ventana que da al campo. Á la derecha puertas que conducen á las habitaciones altas. En uno de los huecos del fondo, una imágen de Nuestra Señora de la Merced. Muebles rústicos; pero que revelen el gusto y la esplendidez de los dueños de la quinta.

Al abrirse la escena, Doña Cármen y Pilar procuran detener á Don Pablo, que está en actitud de salir.

ESCENA PRIMERA.

DON PABLO, DOÑA CARMEN Y PILAR.

Pablo. Pronto vuelvo.
Càrmen. Pero, Pablo,
¿estás dado al enemigo?
Pablo. Vuelvo al punto.
Càrmen. Yo te digo
que estàs provocando al diablo.
Pilar. Padre mio!
Pablo. Otra te pego!
Pilar. No salga usted.
Pablo. (*Impaciente.*) Qué capricho!
Basta ya; lo dicho dicho,
que es inútil todo ruego.
¿Pensais que es loca aprension
la que al camino me lleva?
Dejadme hacer lo que deba,
que si salgo es con razon.
Càrmen. Razon? No hai razon que abone
tan temeraria salida,
que en poco tiene su vida.
quien así su vida expone.

Pablo. ¿En dónde el peligro está,
si està el camino à cubierto?
Càrmen. Ayer lo estaba por cierto,
hoy no sé cómo estarà.
Anoche con saña impía
estuvo el cañon tronando,
que el viento triste silbando,
hasta aquí el eco traia.
Hoy el espacio está en calma,
no suena el menor rüido,
y à tu casa no ha venido
á dar noticias ni un alma.
¿Qué prueba tal soledad?
Es pensar un desatino
que estè tomado el camino
ó rendida la ciudad?
Pablo. (*Con asombro.*)
Rendirse? Me causa pena
escucharte esa sandez!
Rendirse!...—¿Sabes quién es
el pueblo de Cartagena?
Càrmen. Pues hoy de allá nadie vino,
eso es lo que digo yo.
Pablo. Y bien, no diré que no,
cortado estará el camino.
Y siendo, Cármen, así,
razon mas para que salga,
pues nadie habrá que nos valga
si el español llega aquí.
Pilar. (*A su madre.*)
Dice bien, padre y señor.
Antes que el tirano venza...
Pablo. (*Con rudeza.*)
Eso... huyamos sin vergüenza,
ó muramos con honor.
Cármen. Bien, huyamos.
Pablo. (*Con ironía.*) Gran virtud!...
De oirte el alma se apena!...
Cármen. La muerte está en Cartagena,
fuera de ella la salud.
Pablo. ¿Y miéntras que en santos lazos
se unen allí con afan
cuantos al combate van
y dan su vida á pedazos,

yo, tan zote y tan así,
ajeno à la patria suerte,
iré huyendo de la muerte
por no disgustarte à tí?

Cármen. Soy madre!

Pablo. Por Belcebú!

Cármen. Y esposa!

Pablo. Bah!... ¡qué acertijos!...
(*Con enojo.*)
¿Las que allí pierden sus hijos,
son ménos madres que tù?
(*Doña Cármen se enjuga una lágrima.*)

Pilar. Pues!... hágala usted llorar!

Pablo. (*Volviendo a su mujer.*)
Cómo?... voto à mis enojos!...
Vamos, enjuga esos ojos (*con cariño*)
que me aflige tu pesar!
No haya sones ni quimeras,
ni mas temores ni sustos,
que esclavo soy de tus gustos,
y se harà cuanto tú quieras.

Cármen. (*Llorando.*) Sí; pero vas á salir
arrostrando un compromiso.

Pablo. Pues señor, ya que es preciso,
la causa voy à decir.
Una sorpresa, y no escasa,
daros mi afecto queria;
mas como al fin no hai tu tia,
os contaré lo que pasa.
Mirad, carta de Luis.

Pilar. De Luis? (*Con gozo.*)

Cármen. De él?

Pablo. En persona.

Cármen. A ver?

Pablo. (*Enseñándola.*) Su letra lo abona.

Pilar Qué dice?

Pablo. (*Leyendo.*) «Agosto y Paris.»

Cármen. Fecha?

Pablo. Del siete.

Cármen. (*Con ansiedad.*) Pues lée.

Pablo. Pocos renglones ensarta.
«Cuando à usted llegue esta carta
ya en Cartagena estaré.»

Las dos. En Cartagena? (*Con alegría.*)

Pablo. Cabal,
eso dice ; el papel canta.
Pilar. *(Entre alegre y temerosa.)*
Ay, madre !
Cármen. (*Id.*) La Vírgen santa
le traiga libre de mal.
Sigue.
Pablo. *(Leyendo.)* «Muéveme à partir
»el mal que aflige à mi tierra ;
»funesta juzgo esa guerra
»que es preciso concluir.
»Del bien de todos en pos
»salgo hoy mismo ; nos veremos,
»y la guerra acabaremos
»con el auxilio de Dios.»
Cármen. No dice mas ?
Pablo. Esa es buena !...
Pues què mas ha de decir ?...
que viene, altivo, á morir
sobre un muro en Cartagena !
Ámale con frenesí,
con amor santo y eterno ;
¡buen esposo, mejor yerno !
es digno de tí...y de mí !...
Cármen. Calla, que la das empacho.
Pablo. Para mas gozo y mas bien,
hoy quisiera que tambien
aquí se hallara el muchacho.
Càrmen. Martin ?
Pablo. Pues !
Càrmen. Bien està allá.
Pablo. Mejor estuviera aquí !
Cármen. Mas tranquila estoy así,
teniêndole en Bogotà.
Pablo. Tú por no exponerlo al fuego...
Cármen. Claro està, su madre soy...
Pablo. Vuelta à lo mismo ! Estás hoy
de un humor que de èl reniego.
Pilar. No se enfade usted.
Pablo Jamàs
ví à tu madre tan cobarde.
Cármen. Es que...
Pablo. Acabemos, que es tarde.
Ah ! Pero aquí llega Blas.

ESCENA II.

DICHOS Y BLAS.

Pablo. Qué ocurre?
Blas. Tropa en la quinta.
Todos. Tropa? *(Alarmados.)*
Blas. Pues!
Pablo. *(Id.)* Tropa española?
Blas. Que si quieres! No!... Mamola!
Tiene tricolor la pinta.
Pablo. Estàs seguro?
Blas. Pues no!
al llegar, con buenos modos
han dicho: «acà estamos todos,»
y esto ya lo entiendo yo.
Pablo. Son muchos?
Blas. Diez muchachones.
Pablo. Hazlos entrar.
Blas. Al momento;
con ellos viene un sargento
que se llama Juan Quiñónes.
Alto y furnido... un hombron!...
tiene un ceño!... es algo feo!
y de empuge?... ya lo creo!...
las muñecas de leon!
Con tales ímpetus manda
y habla con tal desparpajo...
Vaya!... ese negro de un tajo,
echa a un hombre a la otra banda!
Pablo. Eso; asi; charla sin cuento,
que asi en tus glorias estás.
Blas. Es que juro, por San Blas,
que es todo un hombre el sargento.
Pablo. Pues hazlo venir aquí.
Blas. Voy.—Le traigo una sosiega?—
Pablo. Otra mas! pues la bodega
para qué la quiero ahí? (*Vàse Blas.*)

ESCENA III.

DICHOS, ménos BLAS.

Pablo. Ya veis, à lo que imagino
no está el camino cortado;
porque à estarlo, ese soldado
fuera por otro camino.

Cármen. Brava razon en verdad!
Pablo. No es clara?
Cármen. Acertada fuera,
si ese sargento viniera
de dentro de la ciudad.
Mas si vá en su direccion
á ciegas y á troche y moche,
¿còmo sabrà lo que anoche
pasó allí?
Pablo. Tienes razon:
me convence el argumento,
que es claro á mas no poder.
Pilar. Lo primero es conocer
de dónde viene el sargento.
Pablo. Sí, se hará como decis,
sabremos si él tiene aviso...
porque al fin... pues, es preciso
ir à esperar à Lüis.
Pilar. Buena ocasion ha escogido
para venir.
Pablo. La mejor,
que eso demuestra valor,
y que es hombre decidido.
Mas si así tan mano à mano
seguimos aquí los tres,
buena tripa pondrá pues
el pobre republicano.
No hai tocino que freir?
no hai un lomo para asar?
ò va en ayunas à entrar,
y en ayunas va á salir?
Cármen. Oh! no, eso no.
Pablo. Pues dispon
gran comilona, con maña,
que hoy cuantos van contra España
dueños de mi casa son.
Estamos?
Cármen. Mucho que sí;
gracias à Dios, lo tenemos.
Niña, vamos.
Pilar. Esperemos, (*con curiosidad*)
que ya està el sargento aquì.

ESCENA IV.

DICHOS, el SARGENTO QUIÑÓNES y diez soldados que entran de dos en fondo con gran marcialidad, al compas de la voz del sargento.

Quiñ. Un... dos, un... dos... alto! frente!
presenten ars!... rompan filas!
(Saludando.)
A la paz de Dios señores,
quiero decir... güenos dias!

Pablo. *(Yendo á él con gozo.)*
Bien venido!

Quiñ. *(Dándole la mano.)*
Choque, agüelo.

Cármen. Bien llegado!

Quiñ. *(Con galantería.)* Gracias, niñas!

Pablo. Vamos, las armas á un lado,
y à descansar.—Pilar, sillas.

Quiñ. No se incomode, lucero,
que estoy bien y voy de prisa.
(A los soldados.)
Naide me abandone el chopo
ni se quite la mochila,
si no quiere que le alumbre
diez palos en la barriga.
Estamos? ustees perdonen *(a los patrones)*
que yo largue esta consinia,
que lo primero en campaña
es guardar la desciplina.
Hola, un número al camino, *(a los soldados)*
dos al porton de la quinta,
lo que resta de la fuersa
de reten en la cosina. *(Salen los soldados.)*
Así soy yo, mas esauto
que un reló con hora fija:
Ahora que vengan los godos...
que està la parada lista.

ESCENA V.

DON PABLO, CÁRMEN, PILAR y QUIÑÓNES.

Pilar. Viene usted de Cartagena?

Qviñ. Allí está mi compañia,
y à reunirme voy con ella,
pese á quien pese, madrina.

Cármen. No ves, Pablo?
Pablo. Ya lo veo!
Cármen. Ves lo que yo te decia?...
Si está el camino cortado...
Quiñ. Qué dice usted, voto á criba!
Cortado?
Cármen. Lo que usted oye;
que aun no tenemos noticias
de la plaza, y esta noche
ha habido un fuego...
Quiñ. (*Contrariado.*) Mil chispas!...
Cortado? pues es preciso
abrir una rejendija,
por donde pase este cuerpo
con toda su comitiva.
Pablo. Cómo?... con cuatro soldados?
Quiñ. Por supuesto!... eche usté guindas!...
Pablo. Está usted loco, sargento?
Quiñ. Quiusté callar, por mi vida!
Si hoy va á hacer este camino,
camino de romería!
Cármen. Cómo?
Quiñ. Si á la ritaguardia,
como un enjambre de avispas
vienen mas hombres que arenas,
las playas de la mar crian!..
Pablo. Si?... de dónde?
Quiñ. De Chinú,
de Corozal, de Lorica...
Mal tremolé armó en Barrancas
ayer un seminarista!
Cármen. Un seminarista? (*Alarmada.*)
Pablo. Cómo? (*Idem.*)
Pilar. Un colegial?
Quiñ. Eso, niña;
un diabliyo de estudiante
que de Bogotá venia...
Dicen que es de Cartagena;
hijo de buena familia;
un mozo como unas pascuas,
buena planta y mejor fila.
Cármen. Será Martin? (*A D. Pablo vivamente.*)
Pablo. Qué locura!
Pilar. Si será mi hermano! (*Vivamente á su padre.*)

Pablo. (*Como queriendo borrar la idea.*) Eh, quita!
Es solo Martin acaso,
quién cursa allí teología?
Vamos, aquí estais de sobra, (*empujándolas*)
y haceis falta por arriba.
Surtida está la despensa,
el corral tiene gallinas;
conque á prepararlo todo
con abundancia y aprisa.

Cármen. Ya no sales?
Pablo. Ya no salgo,
así estareis mas tranquilas.
Pilar. (*A su madre con alegría.*)
Ay madre! Será mi hermano?
Cármen. Mucho lo temo, hija mia!
(*A su hija con temor.*)
Pilar. Salud! (*Saludando al sargento.*)
Quiñ. (*Saludándola militarmente.*)
Que la tenga güena.
(¡Caramba y que golosina!)
(*Retorciéndose el vigote, entra en la casa.*)

ESCENA VI.

QUIÑONES, D. PABLO Y BLAS, con jarro y vaso por el fondo.

Pablo. (Será el muchacho?... quién sabe!
¡Su madre lleva esa espina!)
Blas. Allá vá ese piscolabis. (*Echándole aguardiente*).
Quiñ. Se agraece! (*Bebe y lo vuelve.*)
Blas. Otra... hasta arriba!...
(*Viendo que no lo ha apurado.*)
Quiñ. Pues allá vá!... por la patria! (*Apurándolo.*)
Blas. Eso... viva la melicia! (*Bebiendo.*)
Quiusté un trago? (*A don Pablo.*)
Pablo. No, sal fuera,
y ponte á la espectativa;
y si ves llegar paisanos
por la parte baja, avisa.
Blas. Allá voy.
Quiñ. Pues media vuelta,
de frente... y ¡marchen! camina!
(*Váse Blas.*)

ESCENA VII.

DON PABLO Y QUIÑÓNES.

Pablo. Conque cuente usted, amigo,
que eso me inspira interes.
Quiñ. Lo del estudiante ?
Pablo. Pues...
Quiñ. Ya caigo, pues como digo.
Ayer, aun era de dia,
(al toque de la oracion)
cuando de la esquila al son
se echaba el Ave-María ;
un mozo de buena traza,
verbigracia, como yo,
de súpito se coló
por en medio de la plaza.
Tó el mundo le vido entrar,
y quedóse al verle fijo,
porque en son de arenga dijo
cuando se acabó el resar :
«Quien alma y patria tuviere,
no replique oste ni moste,
y rece aqui un pater noste
por la patria que se muere.»
Patron, no es ponderacion;
á esta voz medio difunta,
hasta se me puso en punta
el pelo de mi morrion.
Várgame Dios, qué jorgorio!
¡ qué gresca y que argarabía!
todo el mundo allí decia :
« ¡ Ar cabirdo !... ar consistorio !»
Y no fué la cosa en barde,
pues tras el muchacho aquel,
juimos el pueblo en tropel,
yo, y el cura y el arcarde.
Pablo. Bien, y que dijo ?
Quiñ. Señor,
Si ese chico es un tesoro !...
contó con pico de oro
las cosas del Interior !...
Si yo recordar no puedo...
Dijo... que allá en Santafé
hubo un rebulicio que

calentó un tal Acevedo...
Que echaron enhoramala
al Virey y á los Oidores...
que una truya de dotores,
de esos de cáscara mala,
se hicieron junta e regencia.

Pablo. Eso dijo ?...

Quiñ. Qué si corres!
Habló de un Camilo Tórres...
de un tal Càldas, de un Valencia:
que hicieron gobierno y ley...
que les pararon el macho
un tal Rosillo, un Camacho...
y otro viejito.....si, un Pey.
En fin, señor, qué charlar
de muchacho...allí supimos
que allá en Santafé vencimos
tumbando al Virey Amar.
Oyendo su relacion
naide allí pestañëaba;
y yo, no sé...resoyaba
con mas fuersa que un cañon.
—"¿Quièn habrá que se resista ?"
gritó un valiente de rasa —
y otro replicó :—«á la plasa !
y que se forme una lista.»—
Y dicho y jecho, patron ;
casi de goso beodos,
juimos á la plasa todos
revuertos y en peloton.
Ya iba la lista á empesar,
cuando gritó una morena:
—«Que toman á Cartagena;
sus muros van á asaltar.»
¡ Aquí si que fué el diluvio!...
¡ si usté viera que arboroto !...
Vamos, se armó un tirrimoto,
que ya quisiera el Visubìo !
Ya no hubo lista ni ná,
que un grito ronco y profundo
dijo : «á la muerte tó er mundo,»
y yo dije :—«pues allá.»
Y saliendo de la viya,
delante del pueblo eché...

y aquì estoy, ya lo ve ustè,
como quien dice, en guerriya.
El pueblo viene detrás,
con èl viene el estudiante,
con que ya he dicho bastante;
¿quiusté mas?... Pues no sé mas.

Pablo (*Con entusiasmo.*)
Otra!... y què mas? por mi vida!
si eso de gozo me enciende.....
Patria que así se defiende,
¿cómo puede ser vencida?

Quiñ. Eso digo yo, patron;
quien hoy no sarga al despique,
tiene el arma de arfeñique
ó injundias de requeson.
No es verdà que digo bien?

Pablo. ¡Si estoy de asombro perplejo!

Quiñ. Mirusté, viene atrà un viejo
mayor que Matusalen.
No pué casi con las patas;
pero voto à mis enojos,
que le relumbran los ojos
lo mesmo que fogaratas.
—"Agüelo, ¿dónde va a dir,
le dije, si ya no hay manos?"—
y èl me dijo:—"Los ancianos
van à enseñar à morir!"—
A respuesta tan cabal,
dije à mi fusil:—"presente!"
y saludé á aquer valiente
lo mesmo que à un general.
Y si allí tengo un tambor,
aunque es un paisano raso,
como hay Dios, le marco el paso,
batiendo marcha de honor.

Pablo. Pero qué suena?

Quiñ. El tropé
de sus pasos que se siente.

Pablo. (*Viendo entrar á Blas*). ¿Què es eso?

Blas. (*Con jùbilo.*) Aquí está la gente.

Quiñ. Pues ya verá usté que aqué.

ESCENA VIII.

DICHOS, PEDRO CORTÉS y varios paisanos con escopetas, trabucos, lanzas, &.

Pedro. Dios con todos! *(Entrando).*
Pablo. *(Reconociéndole).* Que él me asista!
Cómo!..... Perico!.....
Pedro. Otra pues!.....
Aquí está Pedro Cortés,
Perico el contrabandista.
Pablo. Tù aquí? *(Abrazándole).*
Pedro. *(Con entusiasmo).* Yo mismo, don Pablo:
ya ve usted lo que nos pasa;
el diablo se ha entrado en casa
y es preciso echar al diablo.
Quiñ. *(Con fiereza).* Pues nó!
Pedro. Voto aBelcebú!.....
(Entra Cerezo apoyándose en un muchacho).
Quiñ. Escuche usté ese arrapiezo... *(A D. Pablo).*
Lo ve usté? *(Señalándole á Cerezo).*
Pablo. *(Saliendo á su encuentro).* Cómo!..... Cerezo!
Cerezo. Aquí estoi yo! *(Con entusiasmo).*
Pablo *(Saliendo á él).* Tambien tú?

ESCENA IX.

DICHOS, y CEREZO.

Cerezo. Yo tambien. *(Abrazándose).*
Pablo. *(Enternecido)* Y à dónde vas?
Cerezo. A morir!
Quiñ. *(A D. Pablo entusiasmado).*
¿Ve usté qué nene?
Cerezo. Toma!..... al que da lo que tiene
no se puede pedir mas.
Corta mi vida contemplo;
perderla mañana ú hoy
¿no es igual? Pues allá voy
á dar siquiera un ejemplo.
(Apretándole las manos).
Que allí veràn, Pablo amigo,
y no han de mirarlo en vano,
como afrontará un anciano

el furor del enemigo.
Con eso podrà decir
la historia, el caso al contar,
que unos supieron lidiar,
y otros supimos morir.

Pedro. Eso! (*Con entusiasmo*).

Quiñ. Que viva er calor
De los agüelos de brio!.....

Cerezo. Precisamente, hijo mio,
lo que me falta es vigor.
Que à no faltarme, en verdad,
fuera ménos estafermo:
tres dias ha que no duermo,
y esto ya es algo á mi edad.

Pablo. Cómo!

Quiñ. Tres dias?

Cerezo. Sí, à fe:
preciso ha sido este exceso;
mucho he corrido y por eso
no puedo tenerme en pié.
Gente nos faltaba allí!.....

Pablo. En Cartagena?

Cerezo. Cabal!.....
y ya ves, no lo he hecho mal,
que alguna viene tras mì.

Pablo. Una silla! (*A Blas.*)

Cerezo. (*Con brio.*) Quiá!...ni un cacho!
¿A qué si el cuerpo se tiene?
Sal á la puerta, que ahí viene
detras de mí tu muchacho.

Pablo. Martin? (*Con alegría.*)

Quiñ. Cómo!...¿Er colegià
aquel que anoche nos dijo?...

Cerezo. Pues!

Quiñ. (*Saludando con respeto.*)
Patron, tiene usté un hijo
que puede ser generà.

Pablo. (*Llamando.*)
Cármen, Pilar, hola, aquí...
todos.

ESCENA X.

DICHOS, DOÑA CÁRMEN, PILAR Y BLAS.

Cármen. Qué ocurre?

Pilar. Qué pasa?

Pablo. Que á la puerta de tu casa
está Martin.
Cármen. Mi hijo! (*Saliendo al encuentro.*)
Pablo. Sí! (*Viéndole entrar.*)
Mira! (*Corriendo á él.*)

ESCENA XI.

DICHOS, MARTIN, abrazando á todos.

Martin. Padre... madre... hermana...
Blas!... (*Dándole la mano.*)
Pablo. Tú aquí? (*Abrazándole.*)
Martin. Sí señor,
que esto lo manda el honor
y la sangre americana.
Cármen. Pero ¿y el estudio?
Martin. Bah!
Ya la sotana he colgado!
Cármen. Qué dices?
Martin. ¡Si se han cerrado
las aulas en Bogotá!
Cármen. Cómo!
Martin. No sobran razones?
Hoy vivir en paz denigra.
La patria cuando peligra
quiere brazos, no lecciones.
Cármen. Y tú... (*Asustada.*)
Martin. Yo con la virtud
que tiene un hombre cualquiera,
vengo á seguir la bandera
que ha alzado la juventud.
En defensa de sus lares
hoy va cuanto nace honrado;
ya las aulas se han trocado
en cuarteles de escolares.
Ingreso en un batallon
pude allí, madre, tener;
mas cuando llegué á saber
que aquí tronaba el cañon,
resuelto y sin vacilar
le dije á la gente buena:
«pues peligra Cartagena,
en ella debo yo estar:

que una madre tengo allí,
tengo padre y una hermana.»

Quiñ. Vaya un chico tarambana!

Martin. ¿No he hecho bien? (*Doña Cármen llora.*)

Pablo. (*Abrazàndole con entusiasmo.*) Mucho que sí!

Cármen. Ay, Martin! (*Desconsolada.*)

Pablo. Cármen, valor! (*Con enojo.*)
¿Qué lloras, voto á mi nombre?
(*Estrechando á Martin.*)
Hijo, bien, eres un hombre,
que á tu padre das honor.
Abraza al punto á tu madre,
y anda á combatir con brìo;
pues te acompaña, hijo mio,
la bendicion de tu padre.

Cármen. Ay, Pablo! (*Llorando en brazos de su hijo.*)

Pilar. (*Con energía.*) No mas llorar,
madre; cobre usted la calma;
¡no piensen que estàn sin alma
las hembras de Calamar!

Cármen. Si no me puedo vencer!...
soy madre... puede morir!
(*abrazando á Martin*)
ojos que te ven partir,
¿cuándo te veràn volver?

Quiñ. Morir? calle usté!... por sopa
me como sin mas emboque,
á cuarquiera que le toque
á un jilacho de la ropa.

Pedro. Otra!... La Virgen me asista!
ántes que peligre un punto,
caerà à su lado difunto
Cortés el contrabandista.

Pablo. (*Enternecido, dando á uno y otro la mano.*)
Oh, gracias!

Cerezo. ¡Si es natural
que ahora la pena la ahogue...
Vamos fuera, y que desfogue
su cariño maternal.
Cuidaré de él! (*A Pablo*).

Quiñ. Con que... (*A todos.*)
Andando,

Pablo. Ya os vais?

Quiñ. A degüello toco.

Pedro. Id vosotros poco à poco,
que afuera quedo aguardando.
Pablo. Irà! (*A Cerezo y Cortés.*)
Pedro. Yo le llevarè (*a Pablo.*)
que por eso afuera quedo.
Pablo. Cortès... (*Apretándole la mano.*)
Pedro. No tenga usté miedo
que yo de él cuidaré.
Quiñ. Hasta la vista patron:
voy à hacer mas sarracina... (*A D. Cármen*)
Eh! no llore usté, madrina,
y ensanche ese corazon.
No todo er que va à la guerra
pierde en la guerra la piel:
mi usté... yo tengo mi aquel
en Morroa, que es mi tierra.
Lloró muy desconsolà
cuando tomé la bandera;
pero yo la dije: «espera,»
y allá esperàndome està.
Cree usté que no he de volver?
Caramba! que en Dios confio;
pues yo he de ser su mario,
y ella ha de ser mi mujer.
Tiene un jumo la morena!...
Quién le jincará er cormillo,
cuando diga... «mi Juanillo
fué un valiente en Cartagena?»
Ay que es nà!... cinco bemoles!...
si ello ha de ser como digo!...
conque abur, y ande conmigo
quien quiera ahorcar españoles!
(*Va a salir marcialmente.*)
Pilar. Militar, aguarde usted.
Quiñ. (*Deteniéndose y cuadràndose.*)
Alto y de frente, canario!
Qué es ello?
Pilar. Este escapulario
de la Orden de la Merced.
Quiñ. Haga usté cuenta que un sello
me pone con tal merced.
Venga. (*Se arrodilla.*)
Pilar. (*Poniéndoselo.*) Asi, llévelo usted
siempre pendiente del cuello.

Por su bendito poder
saldrá usted bien de la guerra.

Quiñ. (*Besàndolo.*) Si con él vuervo á mi tierra,
dos velas le he de poner.

Pablo. Bien, Pilar! (*Abrazàndola.*)

Quiñ. (*Con decision.*) Ahora, à la plasa!

Pilar. Y á vencer!

Quiñ. (*Con entusiasmo.*) Pues por supuesto!
¡ Si usté con esto me ha puesto
en er pecho una corasa!

Martin. Madre, adios!... (*Despidiéndose.*)

Càrmen. (*Abrazàndole.*) No, no, jamás,
no quiero...

Pablo. (*Conteniéndose.*) Ya no hay aguante!...
—Andad vosotros delante,
que él ó yo iremos detrás.
(*Aparte á todos que salen.*)

ESCENA XII.

DOÑA CARMEN, D. PABLO, MARTIN, PILAR.

Pablo. Cármen!... (*Con dignidad severa.*)

Cármen. (*No queriendo oirle.*)
No me hables, por Dios!

Pablo. Cármen, la patria lo exige.

Cármen. Si ya lo sé. (*desesperada*)

Pablo. (*Con firme resolucion.*) Pues elige
á cualquiera de los dos.
Él ó yo.

Càrmen. Dios soberano, (*Desconsolada.*)
pedir esto á mi cariño!

Pilar. Tú!... (*A Martin.*)

Càrmen. (*Reteniéndole.*)
No, no... si es casi un niño!

Pablo. Pues yo!....

Càrmen. (*Soltando à su hijo y abrazando à D. Pablo.*)
Si eres un anciano!..,

Pablo. Claro ejemplo de virtud
los que han salido te dan.
No has visto que juntas van
la infancia y la senectud?
Elige!

Càrmen. (*Con profundo desconsuelo.*)
Y cómo escoger?...
Si esto ¡ay Dios, no tiene nombre!..
Pilar. (*Con energía.*)
Pues bien, la falta de un hombre,
la suplirá una mujer.
Yo irè, el temor no me abate.
Càrmen. Tù à la guerra!.... tú, mi vida?
Pilar. Yo iré à restañar la herida
del que caiga en el combate.
Martin. Bien, Pilar. (*Estrechàndole las manos.*)
Pablo. Así te quiero. (*Abrazàndola.*)
Aprende,—y elige, pues!...
(*A Doña Càrmen.*)
Cármen. Ay, Pablo!... teneis los tres
los corazones de acero.
Pablo. Elige!...
Càrmen. Qué mas me dá? (*con desaliento*)
puede partir el que quiera!
mas la ausencia de cualquiera
la muerte me causará.
Martin. Pero madre, y el honor!
Pilar. Y el decoro de mi padre?
Pablo. Y la patria?
Cármen. Y vuestra madre? (*A sus hijos.*)
Y tu esposa? Y mi dolor? (*A don Pablo.*)
Nada soy, nada os importa
cuánto estoy sufriendo aqui?
Idos, pues, todos, que asì
será mi vida mas corta.
Pablo. (*Abrazàndola con cariño.*)
Cármen!
Càrmen. Si teneis razon: (*variando de tono*)
si lo sè...
Pablo. Pues bien, escucha.
Càrmen. (*Desconsolada.*)
Ay Pablo, si en esta lucha
se me rompe el corazon!
Pablo. (Voto à mi nombre!...)
Càrmen. Es cruel
cuanto exigis.
Pablo. Ya lo creo! (*Enternecido.*)
Pero, Cármen, si es... Què veo?
(*Aparece D. Luis.*)

Martin. Mi primo!
Càrmen. Lüis? (*Con alegría.*)
Pilar. (*Lo mismo.*) Ay! es èl!

ESCENA XIII.

DICHOS, LUIS, por el fondo.

Pablo. (*Saliendo à su encuentro.*)
Luis!
Luis. Pilar! (*Dàndole la mano.*)
Martin. Primo! (*Se abrazan.*)
Pablo. Sin duda (*abrazàndose*)
que Dios á casa te envia.
Càrmen. Hijo mio!...
Luis. Amada tia! (*Abrazàndola.*)
Càrmen. El cielo te trae en mi ayuda.
Luis. Cómo! pues què pasa aquí?
què sucede? qué ha ocurrido?.....
Ante todo, han recibido
ustedes mi carta?
Pablo. Sí.
Aquí está; carta que encierra
el fuego que en todos arde.
(*Con calor.*)
Bravo, Lüis; no es un cobarde
quien hoy acude á su tierra.
Martin. (*Con entusiasmo.*)
No es verdad que esta ocasion
es para todos de prueba?...
Quién será el que no se mueva
hoy en pro de la nacion!
Pilar. Quién, viendo à su patria estar
presa en extranjeros lazos,
no viene á ofrecer sus brazos
de la patria en el altar? (*Id.*)
Pablo. (*Con enojo.*)
Quién, indiferente ser
puede á tanto y tanto exceso?
Verdad, hijo? pues por eso
lloraba aquí mi mujer.
En alas de su valor
tu primo partir queria;
pero se opone tu tia

en mengua de nuestro honor.
Eso se puede sufrir?
Pues tan aferrada està,
que hasta vergüenza me dá
de tenerlo que decir

Luis. (*Con gesto de làstima.*)
Y causa de disension
es esta?

Pablo. Tiene disculpa?

Luis. Quién, tio, à una madre culpa
porque tenga corazon?

Cármen. ¿Ves, si con razon me aflijo?

Pablo. Otra! Y la patria y sus lares?

Cármen. Ella los tiene à millares,
yo no tengo mas que un hijo.

Pablo. Si así pensaran tambien
todas las madres hoy dia...

Luis. Al obrar como mi tia,
juzgo que obraran muy bien.

Pablo. Luego tienes por locura
ir por la patria al martirio?

Luis. Mi patria tiene el delirio
que engendra la calentura.

Pilar. Qué dices? (*Asombrada.*)

Martin. Por qué razon? (*Id.*)

Pablo. Habla.

Luis. Con pena confieso,
que hay aquí falta de seso,
y sobra de exaltacion.

Pablo. No te entiendo. (*Con extrañeza.*)

Luis. Es bien sencillo!...
¿Quién impulsa à esos labriegos
á caer de rabia ciegos,
ante don Pablo Morillo?
Sin ley, sin jefes, sin plan,
sin armas, sin disciplina;
¿no es segura la rüina
de los que en su contra van?
¿Qué lograrán... voto al sol!
Marchando así... en pelotones
contra las fuertes legiones
del ejército español?
¿Quién tan ciego y loco está
que humillar quiera su gloria,

si vá con él la victoria
por donde quiera que và ?
Cuando estas cosas se ven,
¿ qué esperais ? perder de fijo ;
madre que retiene á un hijo
hace bien, hace muy bien.

Pablo. Luego segun tu opinion
lo mejor que hacer podemos,
¿ es rendirnos ?

Luis. Y así haremos
lo que cuadra á la Nacion.

Pablo. Matar la guerra ?

Luis. Eso trato !

Martin. Abatir nuestra bandera ?

Luis. Quien obra de otra manera,
obra como un insensato.
El que prudente medita,
y estéril vé el sacrificio,
hace á su patria un servicio.....
si ese sacrificio evita.

Martin. (*Con gran calor.*)
Es decir... ¡ voto à quien siembre !
que aun obrando con derecho,
¿ fuè mal hecho, y muy mal hecho,
nuestro once de noviembre ?
Gran Dios ! que me ahoga la pena !.....
Locos é insensatos fueron
cuántos la vida perdieron
en tus plazas, Cartagena ?
Y la madre y la viüda
que hoy allí lloran su bien,
deben ser locas tambien,
son insensatas sin duda ?
Y en vez de ostentar valor
y vengarlos con denuedo,
debemos caer de miedo
a los piés del opresor ? (*Conteniéndose.*)
No es esto ? Por Belcebú !
que á decir eso cualquiera,
no sé primo, lo que hiciera !.....
me aguanto, porque eres tù !

Luis. Martin !.....(*Con sentimiento.*)

Pablo. (*Con severidad.*) Te hacemos merced
escuchàndote, de sobra.

Luis. [*Con lástima.*]
Eso es decir que en mi obra
no quiere ayudarme usted?
Pablo. Ayudarte?...qué has pensado
que así tu seso pervierte?
Luis. Tio, al obrar de esta suerte...
obrar pienso como honrado.
Juzgo débil y mezquina
nuestra guerra contra España;
¿á què provocar la saña
de quien labrarà su ruina?
Generosa su intencion
conozco, y ella me obliga;
pues quiere con mano amiga
darnos mayor perfeccion.
Pilar. (*Vivamente.*) Eso es decirnos, Lüis,
que tù su enviado eres?
Luis. Sí.
Pilar. (*Con orgullo.*) Pues guarda tus poderes...
y regrèsate á Paris.
Luis. Tú tambien?... qué ingratitud!...
(*Con pena.*) ¿Que à tanto el rencor os lleve?
Tia!...
Cármen. (*Con entereza.*) Hace lo que debe,
que eso es obrar con virtud.
Luis Usted tambien?...
Cármen, Por qué no?
Luis. Usted que teme à la guerra?
Cármen. Y qué?... nacì en esta tierra,
y libre la quiero yo.
Luis. Aunque me mate la pena
vuestro desvío...
Pilar. (*Con ansiedad.*) Qué? ...qué?...
Luis. (*Con sentimiento.*)
Nada, Pilar ...cumplirè
lo que debo en Cartagena...
Adios!
Pilar. (*Haciendo por contener sus lágrimas.*)
Adios.
Pablo. (*Con ira.*) Quièn audaz
obra así contra su tierra?
Luis. Yo, que no quiero la guerra!
Adios.
Martin. Adios.
Pablo. (*Con calma.*) Pues en paz!

ESCENA XIV.

DOÑA CARMEN, D. PABLO, PILAR, MARTIN.

Doña Càrmen sale detrás de Luis; cierra la verja y se guarda la llave.

Pablo. Cármen, bien; justo es que alabe
tu valor; mi amor te absuelve!...
Martin (*A su madre.*)
Mas qué hace usted?
Cármen. Por si vuelve,
cierro y me guardo la llave.
(*D. Pablo y Martin se miran con intencion.*)
Pablo. Lloras tú?
Pilar. (*Enjugando sus lágrimas con ira.*)
Me causa enojos,
ver, padre, su cobardía:
¿mas llorar? me arrancaria
ántes de llorar los ojos.
Cármen. Pilar!...(*Consolàndola.*)
Pablo. (*Con ira.*) Merece una enagua!...
(*Variando de tono.*)
Cómo ha de ser!...
Pilar. (*Conteniendo su ira.*) Suerte esquiva!...
Càrmen. Vamos, vamos.. ven arriba....
tomarás un vaso de agua.

ESCENA XV.

DON PABLO Y MARTIN. (Pausa.)

Martin. Vé usted?... se llevó la llave!
Pablo. (*Conteniendo su enojo.*)
Ya lo vi: ¡el cielo me valga!
Martin. Y qué hacer?
Pablo. Antes que salga
es preciso que esto acabe.
Martin. Cómo?... si cerró la puerta!...
Pablo. No importa!... precaucion vana;
salta por esa ventana,
pues la ventana està abierta.
Martin. Tiene usted mucha razon.
Pablo. (*Examinàndola.*)

Es baja!... chico porrazo!
conque adios!... venga un abrazo,
y toma mi bendicion. (*Lo bendice y abraza.*)
Que seràs bravo, no dudo.

Martin. Hasta que pierda la piel.

Pablo. La del otro... ven con él,
ó muerto sobre tu escudo.

Martin. No esquivaré la fatiga.

Pablo. Vierte tu sangre hasta el fin.

Martin. Padre, adios!

Pablo. Adios, Martin!
(*Dàndole un beso.*)
Dios como yo te bendiga.
(*Viéndolo caer.*).

ESCENA XVI.

DON PABLO, solo.

Cayó... se alzó... ya se và!
(*Retiràndose de la ventana.*)
Es fuerte!... bravo... robusto!...
la patria lo exige... es justo!...
(*Enjugàndose los ojos.*)
Cubierto mi honor està.
Pero Cármen sale aquí:
¿por què al mirarla me aflijo?

ESCENA XVII.

PABLO y CARMEN, que al ver á don Pablo solo, se dirige a èl vivamente.

Cármen. Pablo, dónde está mi hijo?

Pablo. Cármen, valor.....¡hélo allí!.....
(*Señaländole desde la ventana.*)

Cármen. (*Gritando.*) Ah! no tienes corazon!

Pablo Cármen! (*Animàndola.*)

Cármen. (*Como loca.*) No, no tienes alma!.....

Pablo. Si era preciso!... ten calma.

Cármen. (*Desesperada.*)
Calma? (*Reprimiéndose.*)
(*Saca la llave*) Sí, tienes razon.
Toma!... abre!... hija, Pilar!
(*Llamando.*)
Blás!... (*D. Pablo abre precipitadamente.*)

ESCENA XVIII.

DICHOS, PILAR, BLAS.

Pilar. Madre!
Blàs. Qué hay, señora?
Càrmen. Pronto, que ensillen ahora...
que nos vamos à marchar.
Pilar. (*Vivamente.*) A dònde?
Pablo. (*Admirado.*) Còmo?
Càrmen. (*Como fuera de sí.*) Qué extrañas?
Adónde querré yo ir?
Adonde va á combatir
el hijo de mis entrañas!
Pablo. (*Asombrado.*)
Tù, Càrmen?
Càrmen. (*Abrazandola.*) Dónde mejor?
No es verdad, hija?
Pilar. Sí á fè.
Vamos. (Ay, Lüis! yo haré (*con energía.*)
que allí vuelvas por tu honor.)
Pablo. (*Entusiasmado.*)
Anda y ensilla, pollino. (*Con calor.*)
Blàs. Què hago de la hacienda luego?
Pablo. Què has de hacer? prenderla fuego,
que así alumbrarà el camino.
(*Salen todos hàcia el fondo, y cae el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala con puerta en el fondo y á derecha é izquierda, en primero y segundo términos. Muebles de la época: escopetas y cananas en los rincones de la sala.

ESCENA PRIMERA.

PEDRO CORTÉS Y MARTIN.

Pedro. Digo que esto no me gusta!
Martin. Pues què sucede? Què pasa!
Pedro. Jum!...què sé yo! Mas sospecho
que esto no va bien!
Martin. Pues habla.
Pedro. Todo se andará à su tiempo,
si ántes la cuerda no estalla.
Y tu madre?
Martin. No hay cuidado.
Pedro. Eso es decir que entró en caja?
me alegro! mucho ha sufrido;
es madre al fin, no me extraña.
Cuando à mitá der camino
nos arcanzó la cuitada,
dije para mi: «esto es hecho;
se lo lleva y santas pascuas.»
A qué viene usted?—la dije,
«A hacer lo que todos hagan,»
me respondiò, «no soy madre?...
Pues voy donde mi hijo vaya.»
Canastos!... si tiene bríos!...
canastos!...si tiene agallas!...
A que ya no hay lagrimitas
ni repurgos de empanadas.
Martin. No, ya no llora.
Pedro. No digo!...
Martin. Triste está, mas resignada.
Pedro. Eso es naturá, que ar cabo
de ningun baile se trata.

Martin. Mas como aquí la han contado,
entre otras muchas hazañas,
la de doña Isabel Blasco,
matrona de noble fama,
que al par de su bravo esposo
da aliento en nuestras murallas
á aquellos que el hambre fiera
aflige bajo sus garras;
la de Martina Romero,
hembra altiva y denodada,
que con el fusil al brazo
y entre nubes de metralla
conquistó una charretera
que lleva con arrogancia;
la de tantas heroinas
viudas, solteras, casadas,
que sin respeto à su edad,
ni al dolor que las aguarda,
envian à nuestros muros
al esposo que idolatran,
al padre que las protege
y al hijo de sus entrañas;
mi madre enjugó su llanto,
y con la fe de una santa,
nos dijo: «asi haremos todos,
morir, si á morir nos llaman.»
Desde entónces, Pedro amigo,
cobrò mas vigor su alma;
siente, pero se resigna,
teme, y aunque teme, calla.
Pedro. Si es asi, voy á decirte
lo que me trae á tu casa.
Martin. Di, pues.
Pedro. La cosa està turbia,
quiero decir, no està clara.
Martin. Explicate mas.
Pedro. Pues oye,
y sabràs lo que se trama.
He estao por Jemani,
tambien he estao en la plaza,
y con lo que allí se cuenta
està la gente que brama.
Martin. Pues què se dice?
Pedro. Se dice

que un pasté grande se amasa,
y que hay traicion de por medio
ó miedo en los que nos mandan.

Martin. (*Con asombro.*) De Castillo dudan?

Pedro. Dudan.

Martin. Imposible!

Pedro. Sí; que es chanza!

Martin. (*Vivamente.*)
Esa es una infamia, Pedro.

Pedro. Es posible; será infamia:
pero es lo cierto que hay tregua,
que un tiro no se dispara,
que está cerca el enemigo,
que nadie ya le rechaza,
que la junta está reunida,
y que el pueblo fuera rabia.
Esto qué indica? Er demonio
que averigüe esta maraña;
Se habla de paz.....! Y eso es justo?
paz á esta hora! Caramba!
para que digan los muertos
que los vivos somos mándrias!...
Eso, Martin, no está bueno,
vamos, no está bien, canastas!

Martin. Tienes razon, mas qué hacemos?

Pedro. Qué hemos de hacer?.... una bárbara!
Tú has cursado tiología,
algo entenderás de táitica:
vamos por hai con mi gente,
salimos de las murallas,
buscamos al enemigo,
sortamos cuatro descargas,
y habiendo sangre por medio
aborta el plan que se fragua:
¿no te parece?...

Martin. (*Dándole la mano.*) Perico,
dices bien.

Pedro. Si esto no falla:
armada una vez la gresca,
¿quién habla de paz?

Martin. (*Cogiendo los arreos.*) Aguarda.
Aquí tengo mi escopeta;
ajústame esta canana.
Ajá! (*Cortés le ayuda.*)

Pedro. (Canario !... tu madre !...)
Martin. (No digas una palabra.)

ESCENA II.

DICHOS, DOÑA CARMEN.

Càrmen. (*Con cariño.*)
Hola, Cortés !... Que hay aquí ?
Pedro. (*Con embarazo.*)
Naa !... Ver à ustées no mas !
Càrmen. Gracias !...(*Reparando en su hijo.*)
Y tù, adónde vas ?
Dònde vas, Martin, así ?
Pedro. (A que echa á perder mi trasa?)
Martin. Pues iba con este amigo...
Càrmen. Dònde ?...
Pedro. Otra !... A dar conmigo
una vuerta por la plasa.
Càrmen. Y armado ?...
Pedro. Justo y cabal,
que aunque es hoy todo sosiego,
¿ quién sabe ?... si empiesa el fuego,
la defensa es natural.
Càrmen. Es buena la precaucion ;
pero de la raya pasa
esto de salir de casa
sin motivo ni razon.
Pedro. Eh !... no irá tan mal conmigo !
Càrmen. Que eres valiente, confieso ;
pero, en fin, tal vez por eso,
Cortés, digo lo que digo :
cuentan que con ciego ardor
tu valor te precipita,
y hoy al par se necesita
la prudencia y el valor.
Pedro. Si el morir no importa nada !
La vida al cabo es tan corta...
Càrmen. Sì ; pero á la patria importa
triunfar en esta jornada.
Y quien ciego y sin razon
se espone por un capricho...
obra mal ; siempre se ha dicho
que la fuerza està en la union.

Pedro. Y yo lo digo tambien!
Martin. Mas para ver lo que pasa...
Càrmen. Es mejor quedarse en casa,
que en casa estareis muy bien.
Y ademas, solas las dos...
¿no es justo que te retenga?
deja que tu padre venga
y entónces, anda con Dios.
Martin. Si en tanto se llega á armar...
Cármen. Campo no habrà de faltarte.
¿No es tu casa un baluarte?
seremos tres en lidiar.
Pedro. Señora, usté?...
Càrmen. Por qué no?
¿Crees que temblarà mi pecho?
lo que otra mujer ha hecho
tambien lo puedo hacer yo.
Martin. Madre? (*Besàndole la mano.*)
Càrmen. No importa que audaz
venga el enemigo osado:
si yo me encuentro à tu lado
seré de todo capaz.
Pedro. (*Con calor.*)
Pues se hará lo que á usté cuadre,
no se hable mas del asunto.
Martin. No replico.
Pedro. Se dió punto. (*Ap. a Martin.*)
Nos ha partío tu madre!

ESCENA III.

DICHOS, DON PABLO.

Martin. Pero aquí mi padre está.
Pedro. Otra! pues no trae buen gesto!
Cármen. Tú aquí, Pablo?... ¿Cómo es esto?
Se acabó la junta ya?
Pablo. Acabarse? Ahora comienza
lo mas grave!
Càrmen. Y te has venido?
Pablo. Sí, porque vengo corrido
de despecho y de vergüenza!
Pedro. Otra! señor, pues qué pasa?
Pablo. Que reviento de corage!!

Martin. Còmo ? (*Sorprendido.*)
Pablo. (*Secándose los ojos con despecho.*)
Me mata el ultraje
que hoy sufre toda mi casa !
Càrmen. Qué dices ? (*Alarmada.*)
(*Conteniendo la ira.*) Padre, hable usted
Martin. que voy perdiendo la calma !
Pedro. A quién arranco yo el alma ? (*Con enojo.*)
Martin. Hable al punto su merced.
Pablo. Breve una tregua pidiò
Morillo, al rayar el dia,
y aunque el pueblo no queria
Amador la concedió.
«Nada en ello hay que perder,»
dijo al darla sin zozobra,
«que tiempo à todos nos sobra
para morir ó vencer.
Aunque esperanzas no abrigo
de que un buen pacto se acuerde,
¡ qué diablo ! nada se pierde
con oir al enemigo.»
Dijo, y la tregua otorgó,
segun relatado llevo ;
mas luego un mensaje nuevo
al Gobernador llegò.
Era una propuesta audaz
de paz denigrante y fiera ;
pero...Dios ! sabeis quièn era
el mensajero de paz ?
Càrmen. Ah ! lo adivino ! (*Con dolor.*)
Martin. (*Con vergüenza y desaliento.*)
Y yo ! ...Asì ! (*Meciéndose los cabellos.*)
Pedro. Otra ! quién era el villano ?
Pablo. Era, Cortés, un paisano
Pedro. (*Indignado.*) Cartagenero ! !
Pablo. Sì !...sì !
Pedro. Eso mas ? No hubo un balaso
que le rompiera er bautismo ?
Espere usted, que ahora mismo
voy á darle un trabucaso.
Pablo. Oh !...no ! (*Sujetàndole.*)
Càrmen. (*Conteniéndole.*) Jesus !
Pedro. (*Irritado.*) En un tris
tiene la vida. No hay miedo :

rece usted por él un credo.
(*En ademan de salir.*)

Cármen. Ay!...no! (*Espantada.*)

Martin. (*Deteniéndole.*) Es mi primo!

Pablo. (*Con despecho.*) Es Lüis!

Cortès. Cómo!...El novio de Pilar!

Pablo. El mismo. (*Con terror.*)

Pedro. (*Bajando el trabuco.*) Ya eso es mas grave.

Càrmen. Ay, Cortès, si ella lo sabe.
la va à matar el pesar.

Pedro. Por vida!

Pablo. (*Con vivo interés.*) Vete de ahí,
vete con ella, no entienda...

Càrmen. (*Vivamente.*)
Ah!...si, voy!...que no sorprenda
lo que està pasando aquí.

ESCENA IV.

DICHOS, ménos DOÑA CARMEN.

Pedro. Vàrgale de ustées el fuero
para no hacerlo mil cachos! (*Con sorna.*)
Lleve usted á los muchachos
à estudiar al extranjero!
mucha pasion por Paris,
mucho aquel y mucha cencia,
y al fin pierden la querencia
que deben á su pais.
¡Vaya si es negro embolismo!

Pablo. No es verdad que esto me afrenta?

Pedro. Pues claro, que por la cuenta...
de toos pensarán lo mismo.

Pablo. Y qué podremos hacer?

Pedro. Cómo el caso remediar?

Martin. Cómo? yendo á contrariar,
lo que él viene á proponer.

Pablo. De qué manera?

Martin. Rompiendo
la cadena que él nos labra...
Paz!... quién oirá esa palabra
de la lid ante el estruendo?...

Pablo. Romper la tregua?

Martin. Pues no?...

Pablo. Y quién será el que lo intente?
Pedro. Pues vaya!... Yo con mi gente.
Martin. Y con esa gente, yo.
Y así todo se concilia,
pues si se llega á saber
que el que nos quiere vender
pertenece á la familia,
podrá saberse á la par
que cuando el caso supimos,
nosotros al fuego fuimos
tamaña afrenta á limpiar.
Pablo. Esponer por un traidor
tanta existencia querida!
Martin. Padre ¿ qué importa la vida
cuando peligra el honor?...
Pablo. Hijo!... yo sé lo que digo,
no es por tí solo mi afan,
¿ cuántos al combate irán?
¿ Cuàntos volverán contigo?
No merece à la verdad
nuestro honor tal sacrificio.
Pedro. Caramba!... pues á mi juicio
lo merece la ciudad.
Que si sufrimos callaos
que la pas se ajuste hoy dia,
caeremos, por vida mia,
rendidos y deshonraos.
Tánto oprobio!... tánta pena!
Que usté por su solo honor
lo escuse... está bien, señor,
pero... voto... ¿ y Cartagena?
debe la pas consentir?
debe rendirse y ceder?...
Eso!... no!... ¡ no puede ser!...
que no!... no hay mas que decir.
Pablo. No hay medio! teneis razon!...(*Suspirando*)
(*Con entereza abrazando á su hijo.*)
Yo irè tambien.
Pedro. (*Con entusiasmo.*) ¡ Voto al diablo!
Venga esa mano, don Pablo;
tiene usté un gran corason.
Martin. Usted con nosotros?
Pablo. Sí.
Martin. Imposible!

Pablo. Fuerte estoy.
Martin. Mas hace usted falta hoy...
Pablo. Dónde ?
Martin. En la junta y aquí.
Pedro. Que tiene rason colijo ;
y en fin, por si algo sucede,
no es justo que esto se quede
sin el padre y sin el hijo. (*Pausa.*)
Pablo. Cortés ! (*Recomendando á su hijo.*)
Pedro. Pierda usted cuidao
y ahuyente too recelo ;
pues àntes que él pierda un pelo
sabré morir á su lao.
Pablo. (*Abrazando á Martin.*)
Que Dios no me tome en cuenta
el odio que Luis me inspira :
no sé si es miedo ó es ira
lo que en mi pecho fermenta.
Vete ! por él y por tí
rogando quedo... ten brio...
Mas si este muere, Dios mio !...
Apartad à Luis de mí.
Martin. Padre... adios !...
Pablo. Los labios sella.
Tu hermana sale.
Pedro. (*Impaciente.*) Otra pues !...
Martin. Márchese usted con Cortés
miéntras me despido de ella.
Pedro. Con que irás ? (*Saliendo.*)
Martin. No faltaré.
Pablo. Qué diablos !... (*A Cortés.*)
(*A su hijo.*) Temes que ceje ?...
Cuando en la junta me deje...
Martin. Entiendo.
Pablo. Te lo enviaré.

ESCENA V.

MARTIN, PILAR.

Pilar. Dónde va padre y señor ?
Martin. Al Consistorio se vuelve,
que algo en él hoy se resuelve
que lastima nuestro honor.

Pilar. (*Con estrañeza.*) Honor!... cuàl?...
Martin. El de esta casa.
Pilar. Qué dices? Habla al momento.
Martin. Me ofreces tener aliento?
Pilar. Sí. (*Con firmeza.*)
Martin. Pues diré lo que pasa.
Se està hablando de la paz.
Pilar. Lo sé.
Martin. Y el pueblo...
Pilar. Ya entiendo;
se niega...
Martin. Y está rugiendo
contra el mensagero audaz.
Pilar. ¿Pues qué culpa tiene èl?...
Martin. Es que à su patria hace agravio,
porque...
Pilar. (*Adivinando con dolor.*)
No mas, cierra el labio:
te comprendo... es Luis... es él!
Martin. (*Con pena.*) Tú lo has dicho.
Pilar. (*Ocultando el rostro.*) Dios eterno!
Martin. Sé fuerte! (*Abrazándola.*)
Pilar. (*Llorando.*) Triste de mi.
Martin. Cálmate.
Pilar. ¡Si llevo aqui
todo el pesar del infierno!
Si en lucha con mi altivez,
ya no sé por lo que lloro...
Martin. (*Consolándola.*) Vamos, Pilar!
Pilar. ¡Si le adoro
y le aborrezco à la vez!
Martin. No es digno de tal pasion
quien obra de tal manera.
Pilar. Sí, sí, lo sé: ¡si quisiera
arrancarme el corazon!
Martin. Ten valor, sufre y olvida.
Pilar. ¡Si el sacrificio es cruel!
Martin. No voy à esponer por él
dentro de poco mi vida?
Pilar. Tú, Martin?
Martin. Sí, à la verdad,
que esto exigen, Pilar mia,
nuestro honor, nuestra hidalguia,

y el honor de la ciudad.
Pilar. No, imposible; yo no quiero
que te espongas!...
Martin. Ten valor!
Pilar. Honor! ¿qué importa el honor
si tu vida está primero?
Martin. Vano es tu ruego conmigo;
pon tu sufrimiento á raya,
porque es fuerza que yo vaya
á batir al enemigo.
Pilar. Dios mio! (*Desconsolada.*)
Martin. Ten corazon!
Pilar. Mi madre!... La haràs morir?
Martin. Ay!... no quisiera partir
sin llevar su bendicion!...
Pilar. Y cómo quieres que quepa
en ella esfuerzo tamaño?...
Martin. No sé... con cualquier engaño;
que la dé sin que lo sepa.
Pilar. Esto mas?
Martin. Ella está aquí.
Haz, Pilar, que me bendiga;
y luego...
Pilar. ¡Suerte enemiga!
Martin. Que Dios disponga de mi.

ESCENA VI.

DICHOS, DOÑA CARMEN.

Càrmen. Ay, Pilar!... Gracias à Dios!...
Dónde estás, que no te encuentro?
Te he buscado por adentro...
(*Fijándose en ámbos.*)
Pero qué teneis los dos?
Has dado á tu hermano enojos?
Pilar. No, madre. (*Vivamente.*)
Càrmen. Pues qué ha pasado?
(*Aparte á Martin.*)
Le has dicho?...
Martin. (*A su madre.*) Nada he contado.
Càrmen. Qué tienes, luz de mis ojos?...
Pilar. Nada! que estaba al balcon
hace un momento asomada,

cuando pasó extenuada
una tropa en peloton.
Dónde vais?... dije à un amigo:
y èl contestò en tono audaz:
« á hacer inútil la paz
hostigando al enemigo.»

Cármen. Qué locura!

Pilar. (*Adivinando.*) A esa razon,
Viendo aquella faz transida,
Por el hambre enflaquecida,
Me retiré del balcon.
Pues viendo tan loco afan
dije, perdiendo la calma,
« cuàntos, ay! madre del alma,
à sus casas volverán?»

Cármen. Tienes razon!... mas qué hacer?

Pilar. Por eso solo me aflijo:
madre que allí tenga un hijo,
cuándo lo volverá á ver!

Cármen. Cierto!... Mas, qué hacer, Pilar,
si no hay de impedirlo modos?...

Pilar. Bendiga usted, madre, á todos
los que se vàn à inmolar.

Cármen. Pues ven á rezar conmigo,
que el rezo el pesar mitiga,
y Dios á todos bendiga
como yo á todos bendigo.

Martin. (*Recibe inclinado la bendicion, de manera que su madre no pueda verle, y despues la abraza.*)
Ay, madre!... así pueden ir
á que el plomo los taladre.
(Quién bendito de una madre
no va tranquilo á morir?)

ESCENA VII.

DICHOS, Y PEDRO.

Cármen. Vos aqui?

Martin. Pilar! (*Aprieta la mano á Pilar.*)

Pilar. (¡Qué horror!)

Càrmen. Qué sucede?

Pilar. (Qué agonía!)

Pedro. Nada. Don Pablo me envía
á que acompañe al señor. (*A Martin.*)

Cármen. Adónde?
Pedro. Adónde?... (*Cortado.*)
Martin. Es notorio!
Al Consistorio.
Pedro. Eso es: (*adivinando*)
dijo, dí á Martin, Cortés,
que se venga al Consistorio.
Martin. Tendrá instrucciones que dar...
Pedro. Pues eso. (A qué arma querella?)
Càrmen. Pues ve.
Martin. (*Abrazando á su madre y luego á su hermana.*)
Pilar, cuida de ella...
si es que no vuelvo à mi hogar!

ESCENA VIII.

CARMEN, PILAR, (que lo sigue con la vista.)

Cármen. Qué ocurrirá en el Cabildo?..
Qué puede querer tu padre?
No adivinas?
Pilar. No adivino.
Càrmen. (Bien, entónces nada sabe.)
Dentro aguardo. (Pobre niña!)
Pilar. Al punto voy. (Pobre madre!)
Cármen. (*Saliendo.*) Que nada sepa, Dios mio!
Pilar. (*Cayendo en una silla al verla salir.*)
Madre de Dios!...amparadle.

ESCENA IX.

PILAR, BLAS Y QUIÑONES.

Quiñ. Que á qué vengo? A poca cosa,
à descansar un instante;
arrima aí punto una silla
y alúmbrame un piscolabis.
(*Blas sale y vuelve con aguardiente.*)
Pilar. Cómo, usted aquí?... qué ocurre?...
Quiñ. Señorita, Dios la guarde.
Pilar. Cuente usted...Qué le sucede?
Quiñ. Lo que no le pasa à naiden.
Estoy lo mesmo que un gayo
que güele que van à asarle,

que er probe tiene en la cresta
arrebatà toa la sangre.

Pilar. Pues còmo?

Quiñ. Escuche usté er caso,
que es para sabiro el lance.
Pues señó, jarà una hora,
(no, toavía no la jace)
que iba yo, fusil al hombro,
en pos de mi baluarte.
Sonaban gritos de léjos,
y yo pa meterme en baile,
por una calle ancha y reuta
entrè con paso de ataque.
Ay, niña! Al entrar en ella
vide à una mosa delante,
que con su aquer y su garbo
llenaba toa la calle.
¡Vaya una mosa, caramba!...
iba levantando un aire...
¡No corre en Tolú mas viento
por pascuas de Navidades!
Yo que soy un poco alegre,
à la vista de aquel talle
me dije: "por la derecha,
à formar en linea, marchen."
Con efeuto, entrè en batalla,
y la dije ar aliniarme:
"Morena, que no haya mieo,
ya hay aquí quien la acompañe.
Viva la gracia!" Mas ella,
con un gesto de vinagre,
me dijo: «No están los tiempos
ni er cuerpo pa tafetanes...
Abra usté un poco los ojos
y con quien habla arrepare,
que mas respeuto merecen
mis ensinias melitares.»
Caramba! me dejó tieso;
abrí los ojos en grande,
y era la mosa... un alfére
con náguas y faralares.

Blas. Un alfére disfrasao?

Quiñ. Quiés tú callá, badulaque?
Un sutiniente efeitivo,

mujer en cuelpo y en traje...
Pilar. Era Martin Romero?
Quiñ. Sigun las señas, cabales;
que ha ganao la charretera
como hay pocos que la ganen.
Blas. Y què jizo usté?
Quiñ. Que qué jice?
En primer lugá cuadrarme;
hacerla luego er salúo
lo mesmo que à un comendante;
dar media vuerta á la isquierda
y en retirà prenunciarme,
con las orejas mú gachas
y el rostro como un tomate.
Sí señor; que à estos bichornos
se espone aquer que no sabe
que en ésta tierra de bravos
es mu fàcil tropesarse
con morenas sutinientas,
que gastan pistola y sable!
Blas. Chis!... Calle usted!... (*Rumores fuera.*)
Pilar. (*Asustada.*) Un tumulto?
Quiñ. Pué ser!... (*Bebiendo.*) Ojo, que asán carne.
Pilar. No salga usted!
Quiñ. Que no sarga?...
Hasta la vista, mi ànge;
voy à jacé sarracina
como Gusman de Arfarache!

ESCENA X.

PILAR Y BLAS.

Pilar. Oh! gracias á Dios que puedo
llorar aquí sin que nadie...
mas no!... no es este el momento
de suspirar y quejarse.
Oyeme, Blas.—Dios Eterno!
es menester que esto acabe!
Le escribiré, y si no cumple (*escribe*)
con mi amor y con su sangre,
harè por aborrecerle,
ya que no puedo olvidarle.
Blas. Qué es esto? la señorita

tan arterada... ¡ Qué diantre !
¿ A quién ascribe con tanto
afan ? Mas, ¿ á qué apurarme ?
Ya me lo dirà si quiere,
y si no, punto y a parte.

Pilar. Ay, Blas ! márchate en seguida
à todo correr !...

Blas. (*Haciendo ademan de salir.*] A escape.

Pilar. Dònde vas ? Aguarda...

Blas. ¡ Como
me dice usté que me marche !....

Pilar. Vas al Cabildo. Preguntas,
con disimulo y con arte,
si está en sesion todavia
la junta de los notables.

Blas Bien, ¿ y qué?

Pilar. Despues inquieres,
lo cual ha de serte fácil,
si el emisario enemigo
està allí...

Blas. Vamos por partes.
¿ Què haré con el emisario
y con la junta?.. ¿ Esperarme?...

Pilar. Calla y oye.

Blas. Callo y oigo.
No quiero que usté se enfade.

Pilar. Si está, aguardas à la puerta,
y cuando observes que sale
Luis...

Blas. Qué Luis ?

Pilar. Mi primo.

Blas. ¿ Y este
es el emisario ? ¡ Zape !

Pilar. Sí : pero por Dios te ruego,
por cuanto mas quieras y ames,
que no pronuncies su nombre
donde puedan escucharle.
Va la vida de tus amos
en ello...

Blas. ¡ Vírgen del Càrmen !
Si no vuervo de mi asombro.
¡ Me ha dejao usté cadáver !

Pilar. Síguele. Y en donde puedas,
sin que te vean hablarle;

le entregas de parte mia
esta carta...

ESCENA XI.

DICHOS, DOÑA CARMEN.

Cármen. [*Que lo observa.*] Qué es lo que haces?
Pilar. Madre!
Cármen. A quién escribes?
Pilar. ¡Esto
(*con espanto, queriendo evitar que vea el billete*)
no puede usted verlo!
Cármen. [*Arrancando la carta de sus manos.*] Dame.
¿Qué cartas escribe una hija
que no pueda ver su madre?
Pilar. Por Dios! [*Suplicando.*]
Blas. ¡Nos hemos lucido!
Se ha interceptao el mensaje.
Cármen. [*Leyendo con ansiedad creciente*].
»No tienes sangre en las venas
»hoy que olvidando quién eres,
»sin ley y sin patria, quieres
»remachar nuestras cadenas.
»Oh! de deshonra nos llenas,
»de vergüenza y de dolor.
»Para salvar nuestro honor
»corre á la muerte mi hermano...
»Yo, ántes me corto la mano
»que entregársela à un traidor!.....»
¿Es cierto? Tu hermano!.....
(*Viendo la actitud dolorosa y confusa de Pilar y dejando caer la carta con el mayor desfallecimiento*).
¡Ah! Todo
lo comprendo. Me engañásteis!
Blas. (*Cogiendo la carta.*)
Vino à mis manos, me marcho,
no se incomode y la rasgue,
que la carta es un tesoro.
La llevaré...

ESCENA XII.

CARMEN, PILAR.

Càrmen. ¡ Esto es matarme !
Pilar. Fué preciso !
Càrmen. Así se juega
con el dolor de una madre ?
¿Así la engañan sus hijos
y la asesinan, cobardes ?
Pilar. Madre mia !
Càrmen. (*Llorando.*) ¡Esto es hórrible !
Es mas que horrible. ¡Es infame !

ESCENA XIII.

PABLO, CARMEN, PILAR.

Cármen. ¡Ay, Pablo, Pablo ! [*Saliendo á su encuentro.*]
Pablo. ¿ Por qué
te alteras ? Qué ha sucedido ?
Cármen. Que Martin está perdido,
que se ha marchado...
Pablo. Lo sé.
Cármen. Y le has dejado partir ?
Pablo. Sì.
Cármen. ¡ Tolerancia menguada !
Si la tregua está ajustada,
à què va ? Solo á morir.
Pablo. Acaso, sin que él peligre,
nos vuelva el honor ileso.
Cármen. ¡ Si le has mandado por eso
tienes entrañas de tigre !
Pablo. ¡ Cármen !
Pilar. ¡ Madre !
Cármen. Así tu amor
con el deber se concilia ?
Pablo. Escucha. En nuestra familia
jamás ha habido un traidor.
Pero hoy Luis con sus acciones
la desdora, y no transijo !...
Cármen. Y con la sangre de un hijo
quieres lavar tus blasones ?

Si Martin pierde la vida,
¿quedará tu honra mas clara?
¿Qué tendrà que echar en cara
a un traidor, un parricida?

Pablo. Yo parricida?

Càrmen. Sí tal.
Si el cielo quiere que muera,
caiga al pié de su bandera
en lucha abierta y leal.
Pero despues de ajustada
la tregua, por què se expone?
Muerte que el deber no impone
ni da honor... ni vale nada!

Pilar. Ay madre, por compasion!

Pablo. Calla!

Cármen. No esperes que calle!

Pablo. Sin duda quieres que estalle,
en mi pecho el corazon!
Si Martin, fuera de aquí,
encuentra una muerte oscura,
culpa á nuestra desventura,
mas no me culpes á mí.
Què hacer? Cuando Luis se atreve
á manchar nuestro linaje,
exponiéndole al ultraje
y al ludribrio de la plebe,
hèmos de apurar la hiel
de su infamia? Nada de esto.
Sigamos el rumbo opuesto,
no nos confundan con él.

Cármen. ¡Estéril y vano afan!
¡Nadie conoce á ese loco!

Pablo. ¡Otra! Y què...? Dentro de poco
todos le conocerán.

Càrmen. Y mi hijo?...

Pablo. ¡Inútil porfia!
Culpa á Luis...

Pilar. (*Con desaliento.*) Ay, suerte fiera!

Càrmen. Con mil vidas que tuviera,
su maldad no pagaria.

Pablo. Dos veces... esto es atroz!
le he visto en el Consistorio,
y es para mí un purgatorio
verle y escuchar su voz.

En ninguna parte acierto
á estar. Me siento aturdido.
¡ Si le hubieran conocido
le dejo á mis plantas muerto!
Por no tropezar con él
vengo aqui, que en su presencia
se agita en mi inteligencia
un pensamiento cruel.

Càrmen. Mi eterna desdicha labra
tu mano...

Pablo. (*Con doloroso enojo.*)
Es que eres muy terca!

Pilar. (*Estrechando en sus brazos à Doña Càrmen.*)
Madre!

Pablo. (*Mirando.*) Cerezo se acerca.
No digais una palabra!

ESCENA XIV.

DICHOS, CEREZO.

Cerezo. Te buscaba, Pablo.

Pablo. ¿A mi?
Pues ¿ qué ocurre ?

Cerezo. Nada bueno.
Mal mi coraje refreno.
¿ No eres de la junta ?

Pablo. Sí.

Cerezo. (*Con desconfianza.*)
Vas à decir la verdad ?

Pablo. Puedes dudarlo ? Pregunta.

Cerezo. Estais tratando en la junta
la entrega de la ciudad ?

Pablo. (*Asombrado.*)
Cerezo, estás en tu juicio ?

Cerezo. Eso dice el pueblo todo.

Pablo. Pues para hablar de ese modo,
no tiene el menor indicio.

Cerezo. Verdad que no puede ser ?

Pablo. Tu noble coraje enfrena.

Cerezo. ¿No tiene ya Cartagena
quién la pueda defender?
No hay en lugar de murallas
pechos resueltos y duros?

Aunque tengamos apuros,
aunque falten vituallas,
primero que andar en tratos,
en los últimos extremos,
asadas nos comeremos
las suelas de los zapatos.
Pero rendirnos... Jamás!
Esto no puede sufrirse!

Carmen. Y quién habla de rendirse?

Pablo. ¿Quièn?

Cerezo. Oh! la vida me das!
Sospecha el pueblo indignado,
que habrà tal vez quien apoye
nuestra humillacion...

Pablo. Pues oye,
y sabrás lo que ha pasado.
Despues de habernos propuesto
la tregua, como es sabido;
tregua que hemos admitido
sin cejar en nuestro puesto;
consideràndose fuerte
el español amenaza,
y airado intima á la plaza:
¡capitulacion ò muerte!

Cerezo. Y nuestro bravo caudillo,
qué dice?

Pablo. No lo adivinas?
"Guerra á muerte en estas ruinas
hallareis!"

Cerezo. (*Enternecido.*) ¡Viva Castillo!
Noble general, muy bien!
¡Y no son alardes vanos!
Oh! quièn tuviera cien manos
para lidiar con las cien!
Si el español tanto apura
y á humillacion nos condena,
no, no entrará en Cartagena,
sino en una sepultura.
Verdad, Pablo?

ESCENA XV.

DICHOS, BLAS agitado.

Pilar. (*Saliendo a su encuentro.*)
Inquieto estàs.

Blas. Calle usté! Si con un pelo
pueden hogarme...
Pilar. Recelo
una desgracia...
Càrmen. Habla, Blas!
Habla...
Pablo. Pronto, vive Cristo!
Blas. He visto la agitacion
de la gente contra don...
Pablo. Silencio!.(*Con inquietud.*)
Blas. (*Asustado.*) Pues nada he vito.
Pilar. (Contra mi primo!)
Blas. Arterao
el pueblo, con rabia fiera
va gritando: «Muera, muera!
el godo farsificao?"
¡Qué buyicio, Dios eterno!
Càrmen. Mi corazon se estremece
de espanto...
Blas. Qué! Si parece
que se ha sortao el infierno.
Pablo. (*Con decaimiento.*)
(Él lo ha querido!)
Pilar. Quizàs
del riesgo escapar no pueda!
Blas. Si parece que lo enreda
er diablo...
Pilar. (*Llamándole y yéndose con él precipitadamente.*)
Camina, Blas!

ESCENA XVI.

DOÑA CARMEN, PABLO Y CEREZO.

Cerezo. Asegura el pueblo entero
que el traidor es de esta tierra;
pero es ardid de la guerra,
porque no es cartagenero.
No produce esa semilla
nuestra tierra hidalga y fiera.
Verdad?
Pablo. (Esa voz severa
me desconcierta y humilla.)
Càrmen. Van á matarle. Dios santo!

Qué hacer?

Pablo. (*A Cármen.*) Mujer! No conoces
Que està pregonando á voces
nuestra desdicha tu llanto?

Cármen. Y he de consentir... No, no!
Conozco que es delincuente;
pero usted tiene ascendiente
y puede salvarle...

Cerezo. (*Con sorpresa.*) Yo?

Pablo. Si á la multitud persuades
puedes su enojo calmar.

Cerezo. Tiene el pueblo como el mar
indómitas tempestades.
Ellas se apaciguan solas,
el cansancio las serena,
que ùnicamente refrena
Dios, los pueblos y las olas.

Cármen. Usted, que es tan compasivo
no querrá que le maltraten!

Cerezo. Pues, qué! Para que le maten
no da bastante motivo?

Càrmen. Recuerde usted que padece,
que ha nacido en este suelo,
y que su suerte...

Cerezo. Mochuelo!
Si por eso la merece!
Deshonrar nuestra hidalguía!
No hay palabras con que esprese
mi rencor!—Si mi hijo fuese,
creo que le mataria.—

Càrmen. (*Desalentada.*) Ay de mi!

Pablo. (*Con recelo.*) (Quizá sospecha!)

Cerezo. Digo bien?

Pablo. (*Amargamente.*) Tiene razon.

Cerezo. Con qué se lava el borron
que sobre nosotros echa?

Pablo. ¡Oh! Si es verdad, si es verdad!

Càrmen. Usted de decirlo acaba.
De fijo que no se lava
cometiendo una maldad.

Cerezo. (*Confuso.*) Asi los pueblos reprimen
la infamia y la mala fe.

Cármen. Pero nunca el crimen fué
justificacion del crimen.

Cerezo. (*Convencido.*) La razon tiene un camino.
Cierto: no lo habia pensado...
Cármen. Grande es el pueblo soldado;
por qué ha de ser asesino?
Pablo. (*Con ansiedad.*) Sálvale, yo te lo ruego.
Cerezo. Espera! (*Sale con resolucion.*)

ESCENA XVII.

PABLO Y CARMEN.

Càrmen. Madre de Dios!
Sé el amparo de los dos,
que á tu piedad los entrego.
Para ámbos humilde pido
tu proteccion igualmente.
Pablo. (*Fuera de sí.*)
Pero mi hijo es inocente!
Càrmen. Y Luis es un desvalido!
Pablo. Oh!... qué es esto?

ESCENA XVIII.

DICHOS, QUIÑONES.

Quiñ. Casi nàa!
Que er pueblo se engresca y grita!
Como ví á la señorita
en la ventana asustàa,
he subio pa saber
si ha corrio argun trabajo...
Pablo. No.
Quiñ. Pues entònces me bajo,
que ya nos cayó que hacer.
Me voy ar cuartel à escape.
Càrmen. Pues qué pasa?
Quiñ. Nàa por junto.
Mas yo las güelo, y barrunto
que va á haber un cipizape..
Anda er pueblo en peloton
pidiendo à voces justicia.
Y luego con la noticia
se ha puesto como un leon...
La cabesa, en una piesa,

piden del extranjerao ;
mas creo que er condenao
no quiere dar la cabesa.
Y la muerte de Cortés...

Càrmen (*Con terror.*) Pablo, que Dios nos asista !

Pablo. De quién ? (*Espantado.*)

Quiñ. Del contrabandista.
Qué ! no lo saben ustés ?

Pablo. Dios de Dios ! Qué ha sucedido ?

Quiñ. Que Cortés con unos pocos
muchachos, casi tan locos
como su gefe atrevido,
sin licencia ni temor
al enemigo han revuerto.

Pablo. Y han vuelto ? (*Con ansiedad.*)

Quiñ. Què han de haber vuerto ?
Ni uno siquiera.

Cármen. (*Cayendo desfallecida.*) Qué horror !
(*Don Pablo da señales de una desesperacion sombria.*)

Quiñ. Quien farta à la desciplina
se espone á perder la piel.

Pablo. Ha muerto ! (*Con terror.*)

Quiñ. Vóime ar cuartel,
no se arme la rebujina.

ESCENA XIX.

CARMEN Y PABLO.

Pablo. Ay, Cármen, Cármen !

Cármen. No mas,
no mas ! Todo lo he perdido.

Pablo. Ha muerto !

Càrmen. Tù lo has querido !
pero ya le llorarás.
Hijo del alma ! Què suerte
la tuya ! Quién te diria
que ciego te mandaria
tu mismo padre à la muerte ?

Pablo. Triste de mí !

Cármen. Si esto clama
à Dios !

Pablo. Ay ! me estàs matando !

Cármen. (*Con amarga ironía.*)
Mas, qué es eso ? Tú llorando...
Pues no has salvado tu fama ?
Afuera duelos prolijos !
No vés que claro se ostenta
ese honor que se alimenta
con la sangre de tus hijos ?
Pablo. Si era mi vida... (*Con intenso dolor.*)
Càrmen. Te engañas !
Pablo. Si le amaba...
Càrmen. Como yo
es imposible. ¡ Si no
le tras llevado en tus entrañas !
Pablo. ¡ El juicio voy á perder !
Escúchame ! ..
Càrmen. No lo esperes.
¡ Oh, dèjame, si no quieres
que te llegue à aborrecer !
(*Entrándose desesperada.*)

ESCENA XX.

PABLO, solo.

¡ Aire, mas aire !... Señor,
¿ qué perturbacion es esta ?
loco estoy...
(*Cayendo desvanecido en un sillon, y apoyando los brazos y la frente sobre la mesa.*)
¡ Cuànto me cuesta
ese infame, ese traidor !

ESCENA XXI.

DON PABLO, en la posicion indicada. LUIS desesperado : oyénse fuera los rumores y gritos del pueblo. PILAR sobrecogida de espanto. Luego CARMEN.

Pilar. Pasa !
Luis. ¡ Si quiero morir !
Deja, Pilar que me maten.
Pilar. Oh, Dios mio ! Tal vez traten
de entrar...
(*Corre apresurada à la puerta y permanece alte-*

rada é inquieta, durante el tiempo que la escena reclama.)

Luis. ¿ Para qué vivir ?
Busco la paz y se enciende
el pueblo en ira homicida...
¿ Para qué quiero una vida
que la patria no comprende?
¡ Esto es horrible !

Pablo. (*Reparando en él y levantàndose fuera de sí.*)
¿ Tù aquí ?
¡Oh, gracias, Dios justiciero !
Vas á morir !

Luis. ¡ Eso quiero !

Pablo. No esperes piedad de mì.
Tú faltas á la nacion,
tú el triunfo español allanas,
tú has deshonrado mis canas,
tù has roto mi corazon.
Hoy que estás bajo mi yugo,
ya por la postrera vez,
¡ te sentencio ! Soy tu juez...
(*Se apodera de una de las escopetas arrimadas á uno de los àngulos de la sala. En el momento en que se vuelve y apunta à Luis. Càrmen, que ha escuchado las últimas palabras de D. Pablo, se pone delante de Luis con resolucion.*)

Càrmen. ¡ Oh, pero no su verdugo !

Pilar. Perdone usted que le advierta
lo que à sí mismo se debe.
(*Nuevos rumores fuera.*)

Cármen. ¡ No hagas, no, lo que esa plebe
que està rugiendo á la puerta !
(*D. Pablo consternado deja escapar el arma de sus manos. Profunda agitacion en Pilar y Luis. Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala con puertas laterales, en primero y segundo término. En el fondo, balcon grande con tres huecos que se abrirán á su tiempo. Muebles de la época. Los actores marcarán en su fisonomía la honda huella del hambre y la fatiga.

ESCENA PRIMERA.

DON LUIS Y BLAS.

Blas. (*Ayudando á D. Luis á disfrazarse.*)
No hay remedio, señorito;
el amo lo manda. ¡Ajá!
El diablo que le conozca
á usté tan guapote y tan !...
Si no le quisiera tanto...
Luis. ¿Qué harias?
Blas. ¡Otra que tal!
Apretarle la correa
mas alta, y un poco mas.
(*Señalàndole al cuello.*)
Luis. Oh! (*Con desaliento.*)
Blas. De buena hemos librao
cuando cerca del portal
estaba ustè entre las gentes
que le querian matar...
Si me temblaban las patas
que era una barbaridá.
¡Y usté náa! Como un poste,
quieto. Sin querer tomar
las de Villadiego, y eso
que arreciaba el temporá.
(*Observando la honda melancolía de D. Luis.*)
Nada! Ni tulle ni bulle.
Le cuesta un trabajo hablar...
Luis. (*Con amargura.*)
¡Ay! Por què no me dejaste
morir allí?
Blas. ¡Buena está!

Luis. (*Sin hacer caso y respondiendo á su propio pensamiento.*)
¡Què infeliz soy! Me horroriza
mi espantosa soledad.
Abandonado de todos,
sin patria, ¡ay Dios! sin hogar,
insultado, escarnecido...
¿Qué soy en el mundo ya?

Blas. (*Consolándole.*)
¡Vaya! no piense usté en eso.
Así con este disfraz
usté se escapa esta noche
por las tapias del corral.
Luego de un tiron á España...

Luis. (*Con desesperacion.*)
¿Y no he de verla jamas?
¿Cómo está mi prima?

Blas. Cómo
la pobrecita ha de estar?
Llorando. Pues ¿y don Pablo?
Pues ¿y el ama? Es natural.
La muerte del señorito...
el hambre, el duelo, el afan...
perder un hijo tan bueno,
Tan bueno! Tan jóven! (*Enterneciéndose.*)

Luis. (*Con honda pena.*) Ay!

Blas. El escapulario!... Calle!
El amo viene hácia acá.
Ocúltese usté! No quiere
verle y se và à incomodar...
Pronto! (*Empujándole.*)

Luis. (*Desalentado.*) Cuánto me aborrecen!...
Mas tarde me lloraràn.

ESCENA II.

BLAS, despues PABLO.

Blas. Todos huyen de su lao
y todos le quieren mal...
¡Es muy justo! Esto se explica
por su mesma mesmedá.

Pablo. (*Entrando.*)
Oyéme Blas.

Blas. Mande usté,
señor? (Lastima me da
verle tan alicaido...)
Pablo. Es necesario llevar
las hilas que han preparado
tus amas al hospital.
Blas. Sí, señor. Voy en seguida.
¿ Quién sabe si servirán
para mí ?
Pablo. Mira. Si acaso
te deja la guardia entrar,
vé si está Martin herido...
inquiere, averigua, ¿estàs ?
Blas. Sì, señor.
Pablo. Pues vè. No tardes.
Blas. ¡ Andandito! ¿ Qué es tardar ?

ESCENA III.

PABLO.

Si estuviera herido... ? Son
tan pocos los que han entrado !
En el hospital he estado
y nadie me da razon.
Pero es posible que Blàs
mas afortunado sea.
¡ Si me horroriza la idea
de no volverle á ver mas !
¡Esto es hecho !—Siento aquí
una pena, una agonia
que paraliza y enfria
la vida dentro de mí.

ESCENA IV.

PABLO, CEREZO.

Cerezo. Hola, Pablo, ¿cómo estás ?
Pablo. Que cómo estoy ? Dado al diablo.
Cerezo. No me extraña. Pues yo, Pablo,
estoy dado à Barrabàs.
Pablo. Qué te ha pasado? ¿ Qué tienes ?
Cerezo. Otra ! que no eres mi amigo
y vengo á reñir contigo.

Pablo. Pues mira, á buen tiempo vienes.
Cerezo. La verdad no se me empacha,
ni soy hombre que me ofendo
sin motivo...
Pablo. No te entiendo.
De qué te quejas ? Despacha.
Cerezo. Es decir, que tan borrico
soy, tan poco de fiar,
que no has querido mandar
á mis órdenes el chico ?
y abandonàndole asi
à su temerario brío,
quizà ha mùerto...
Pablo. (*Enternecido.*) ¡ Ay, hijo mio !
Cerezo. Buena la has hecho !
Pablo. Yo ?
Cerezo. Si !
Si en vez de dejarle suelto,
Viene conmigo... Pues no !
ó no hubiera vuelto yo
ó el muchacho hubiese vuelto.
Mas tú terco y testarudo...
Pablo. (*Alterado.*) Mira que me estás matando !
Cerezo. Pues puedes quejarte, cuando
despues de esto te saludo?
Pablo. Otra !
Cerezo. No me vuelvo atrás.
Lo dicho !
Pablo. No me exasperes !
A que dices que le quieres
mas que yo ?
Cerezo. Pues claro ! Mas !
Pablo. (*Conteniéndose.*)
Voy à hacer un desatino !
(*Cármen aparece en el fondo.*)
Cerezo. Es la verdad, que te cuadre
ó no...
Pablo. (*Irritado.*) Qué? No soy su padre !
Cerezo. Y yo no soy su padrino?
Pablo. Serán mayores tus lazos
que los mios ?
Cerezo. No han de ser ?
Si yo le he visto crecer,
como quien dice, en mis brazos.

Pablo. ¡ Hombre ! ¡ Voto à Belcebú !
Pienso què el juicio has perdido.
Cerezo. ¡ Sì ! Le quiero, le he querido
y le querré mas que tú.

ESCENA V.

DICHOS, Y CARMEN.

Cármen. Aprended de una mujer
à templar vuestros enojos,
hoy que no tienen mis ojos
ni aun lágrimas que verter.
Hoy que el hambre la quebranta
y el dolor la abate mas.
Pablo. ¡ Claro ! Te resignarás,
porque eres casi una santa.
Pero yo...
Cármen. ¿ Què estàs diciendo ?
No han de vencerme mis penas !
Resignarme !...Si en mis venas
circula la sangre ardiendo !
¡ Oh ! qué tiemble el enemigo !
Ya no hay paz, ya no hay concierto...
las madres de los que han muerto
irán á lidiar conmigo..
¡Maldito sea el que crea
que el español me intimida !
¡ Maldito el que tregua pida !...
Cerezo. Bien dicho ! Maldito sea !
En nuestros robustos hombros
se ha de salvar la nacion,
ó esto ha de ser un monton
de cadàveres y escombros.
Siempre en nuestros puestos fijos,
ántes que un palmo ceder,
las madres, si es menester,
reemplazarán à sus hijos !
No es verdad ?
Pablo. Mucho que sì !
Luchemos : la vida es corta.
Si la perdemos, qué importa ?
(*Señalando al cielo.*)
Otra mejor hay allí.

Cúmplase nuestro destino!
Martin ha muerto quizá,
mas, ¡paciencia! No ha hecho mas
que adelantar el camino.
(*Cada vez mas enternecido.*)
Aunque lloro, es de furor,
no imagines, que es de miedo.

Cerezo. Miedo tú....

Pablo. (*Desesperado.*) Quiero y no puedo
ahogar mi intenso dolor!

Cerezo. Llora, Pablo. ¡Si es preciso!
Del corazon nadie es amo.

Pablo. Las lágrimas que derramo
se escapan sin mi permiso.
Mas yo lo remediaré.
¡Ya ves! Tranquilo me encuentro.
Si lloro será hácia adentro,
ó el alma me arrancaré...
(*Càrmen cae abrumada en un sillon.*)
Pero, en fin, no hablemos de esto.
Dònde estás hoy de servicio?

Cerezo. Donde quiera que hay bullicio
y gresca, allí está mi puesto.
Mas por si hubiere amenaza
ó nos pusieren funcion,
hoy me toca de faccion
el punto de la Tenaza.

Pablo. Oh! gracias, Dios infinito!

Cerezo. Por qué te pones así?

Pablo. No dejes de estar allí,
porque allì te necesito.

Cerezo. Otra! tú? (*Sorprendido.*)

Pablo. Sí.

Cerezo. Cuàndo?

Pablo. Luego
que anochezca.

Cerezo. (*Sorprendido.*) Y para qué?

Pablo. Sé que me estimas, y sé
que has de comprender mi ruego.
Lo que te voy á decir,
me causa horror y vergüenza;
pero es menester...

Cerezo. Comienza,
que estoy ansioso de oir.

Pablo. En mi casa tengo oculto...
Cerezo. A quién ?
Pablo. A Luis. (*Jesto de Cerezo.*) No he acabado;
y como no se han calmado
la agitacion ni el tumulto,
su suerte me inspira miedo...
Cerezo. Con razon, que esta mañana
vió la muerte tan cercana,
como un dedo de otro dedo.
El diablo le abrió camino.
Con tal que el trastorno cese....
Pablo. ¡ Ay ! ¿ No sabes quién es ese
infeliz ?
Cerezo. Quién ? (*Sorprendido.*)
Pablo. (*Angustiado.*) Mi sobrino !
Cerezo. Imposible ! Luis Bonel ?
Pablo. El mismo...
Cerezo. Qué estàs diciendo ?
En medio de aquel estruendo
no pude fijarme en èl.
Pero cómo imaginar ?...
Pablo. (*Lleno de afliccion.*)
¡ Con qué pena te lo digo !
Mas, en fin, eres mi amigo
de siempre, y sabes callar.
Preciso es echarle fuera,
y que mi honor quede ileso.
¿ Quiéres auxiliarnos ?
Cerezo. Eso
no se pregunta siquiera.
Vaya ! No faltaba mas
sino que por un chiquillo
loco !... Mándale al portillo
en anocheciendo. Estàs ?
Veremos qué medios hallo
para que salve la playa...
Pablo. (*Estrechándole la mano con efusion.*)
¡ Oh, gracias !
Cerezo. Y que se vaya
con doscientos de á caballo !
Adios.
(*Reparando en el profundo abatimiento de Càrmen.*)
Mira su quebranto.

Haz que la calme recobre.
Consuèlala que la pobre
madre es, y ha perdido tanto!...

ESCENA VI.

PABLO Y CARMEN.

Pablo. Mujer!... ¡Ni siquiera me oyes!
Cármen. Qué quieres?
Pablo. (*Tímidamente.*) Mira, ¿quién sabe?...
Càrmen. (*Con amarga resignacion.*)
¡Oh! No temas que mis labios
la queja menor exhalen.
Tú lo has querido!
Pablo. (*Con desesperacion.*) ¡Ay, mujer!
Me matas...
Cármen. Pero no trates
de alimentar esperanzas
que han de ser irrealizables.
Todos le vieron salir,
volver no le ha visto nadie,
y pocas veces se engaña
el corazon de una madre.
O le han hecho prisionero...
Pablo. ¡Imposible! Él entregarse?...
Cármen. Entónces...
Pablo. (*Vacilando.*) Entónces...!
Càrmen. Deja
que le llore inconsolable.
¿No nos queda mas camino
que llorar...
Pablo. (*Fuera de sí.*) ¡Otra! Y vengarle!

ESCENA VII.

DICHOS, PILAR.

Pilar. ¡Padre!
Pablo. Pilar ¿qué sucede?...
Càrmen. Qué tienes?
Pilar. Dios nos ampare!
Pablo. Pero ¿qué pasa?
Pilar. El peligro

que corre mi primo es grande.
Airados grupos recorren
de arriba à bajo la calle
cada vez más numerosos,
y cada vez más audaces.
—«En alguna de estas casas
debe el traidor ocultarse,»
dicen unos, y responden
los demas: «Pues à buscarle!»
La agitacion cunde; en todos
el rencor estalla y arde,
y ruge el volcan hirviente
de las iras populares.
Qué hacer?

Pablo. No temas.

Pilar. (*Desconsolada.*) (Dios mio!)

Pablo. ¡Si merece que le maten!

Cármen. Oyes, Pablo?

Pablo. Ya os he dicho
que no temais. Cuando avance
la noche saldrá de casa.

Pilar. Mas si vienen...

Pablo. No hay quien pase,
sabiendo que vivo en ella,
de esta mansion los umbrales.
Ademas, irè à la junta
y allí veré...

Pilar. ¡Ay, padre, padre!
No se vaya usted! Acaso
si usted se va no se salve.

Pablo. (*Dudoso.*)
Bien: me estaré hasta que sea
de noche, y pueda escaparse
con auxilio de Cerezo,
por un punto practicable. (*Con amargura.*)
Decidle el riesgo que corre
á fin de que se prepare;
mirad lo que necesita:
quiero que nada le falte.
Decidle que si es preciso
sepa morir... ¡Más no es fàcil!
Que no mueren los traidores
como mueren los leales.

Pilar. Y usted, padre...

Pablo. (*Conmovido.*) Yo, hija mia,
ni quiero verle ni hablarle.

ESCENA VIII.

CARMEN, PILAR.

Pilar. Adios, dulces ilusiones
que otros tiempos me halagàsteis.
Càrmen. Hija!
Pilar. Si en vano pretendo
borrar del alma su imàgen.
Càrmen. Oh! No le veas. No quiero
que en este solemne instante
te abrume el dolor...
Pilar. Acaso
me juzga usted tan cobarde?
Le hablaré. Quizá mi acento
de su marasmo le saque.
Y si a la voz del cariño
no responde; si los ayes
de su patria asesinada,
no despiertan su coraje;
si ante la voz con que gritan
estas ruinas humeantes,
no se inclina, es que no tiene
corazon el miserable,
entónces con mi desprecio
sabré...
Càrmen. Silencio! Aquí sale.

ESCENA IX.

DICHOS, LUIS.

Luis. Pilar! Tia!
(*Dirigiéndose à ellas con efusion.*)
Càrmen. (*Rechazàndole.*) Qué has pensado?
Quiero avisarte no mas
para que estès preparado;
que hoy, por la noche amparado,
de Cartagena saldrás.
Luis. (Su faz extenuada, fria,
de horror y espanto me llena.)

Càrmen. Solo ampararte podria
la noche, ménos sombría
que tu infamia y nuestra pena
Dios, aunque no lo mereces
dirija tu paso incierto;
pero cuida no tropieces
con los que lidiando han muerto
por la patria que escarneces.
Llenas están nuestras calles
de sus sangrientos despojos,
y es fácil, cuando los halles
que aunque tu conciencia acalles,
ella se asome á tus ojos.
Vete en paz, nada te digo.
En tu propio pensamiento
llevas tu mayor castigo,
porque siempre irá contigo
el tenaz remordimiento.

Pilar. Vete en paz...

Luis. Suerte menguada!
Pero es preciso! Mi amada,
mi dicha! todo lo inmolo!
Dios y yo sabemos solo
mi intencion noble y honrada.
De nadie justicia espero;
¡de nadie! Triste de mí!
ni de esta patria à quien quiero
mas que á todo... ¡Mas que á ti (*a Pilar*)
que has sido mi amor primero!!

Pilar. Amor tú! Nunca has tenido
amor!...

Luis. Pilar, no prosigas!...
¿Qué nunca amor he sentido?
Calla, por favor, no digas
que doy mi patria al olvido.
Cuando los aires atruena
la ronca voz del cañon,
ese estrépito resuena,
como el rugir de una hiena
dentro de mi corazon.
Ante el rumor iracundo
de la batalla bravía,
y el ¡ay! con que el moribundo
se despide en su agonía

de cuanto quiere en el mundo;
ante el cuadro que presenta
la guerra horrible y sangrienta,
de tal modo me sublevo,
¡ay! que parece que llevo
dentro de mí la tormenta.

Pilar. No, la torba tempestad
que tu corazon agita
no es el dolor, no es verdad!...

Cármen. Es tu propia iniquidad
que te remuerde y te grita!
Buscaràs, tal vez ufano,
léjos de aquí paz y calma;
y la buscarás en vano,
porque llevas el gusano
de tu delito en el alma.

Luis. Ay de mí!

Càrmen. Cuando apartado
de la tierra en que has nacido,
solo, triste y olvidado,
recuerdes el bien perdido
y la patria que has dejado;
y surja en tu fantasía
la memoria de tu hogar,
ántes lleno de alegria,
y el templo donde sòlia
llevarte tu madre á orar;
y la tumba en que reposa,
que no volverás á ver...
¡Si este recuerdo te acosa,
qué vida tan dolorosa,
qué muerte vas à tener!

Luis. (*Desesperado.*)
No mas, Dios santo, no mas!

Càrmen. Mira la dicha que pierdes.

Luis. Y no he de verte?

Pilar. (*Con resolucion.*) Jamás!
Pienso que me ofenderàs
cada vez que me recuerdes.

Cármen. Es tanta tu presuncion,
tu soberbia tan estraña,
que quieres tener razon
contra toda la nacion
en su lucha contra España?

Luis. Si en esta contienda fiera
solo el martirio la espera,
si no puede resistir,
qué hacer?

Cármen. Qué hacer? Sucumbir
sosteniendo su bandera. (*Con energía.*)

Luis. Cuando sin acierto elige
la patria, poco la quiere
quien con el error transige.

Càrmen. Cuando la patria lo exige
no se discute,-se muere.

Luis. Vano y desastroso empeño.
(*Oyese à lo léjos el estampido del cañon, que continuará oyéndose á intervalos hasta el final de la escena diez y nueve.*)

Càrmen. Oyes? El cañon retumba
otra vez!...(*Fuera de sí.*)

Luis. Si esto es un sueño!

Pilar. (*Con amargura.*) Vete, abandona la tumba
que nos prepara tu dueño.

Càrmen. Vete à ensalzar del tirano
las victoriosas campañas.

Pilar. Sí, vete á besar la mano
del matador de mi hermano.

Cármen. Del hijo de mis entrañas!

Luis. Oh! (*Desesperado.*)

Càrmen. Tienes franco el camino.
Vete à recibir el precio
del traidor y el asesino.

Luis. Tia!...

Cármen. Aparta! Te abomino. (*Con ira.*)

Luis. Pilar...

Pilar. Qué horror! Te desprecio.

Luis. (*Desesperado.*) Ay, no puedo los latidos
de mi pecho sofocar,
ni reprimir mis gemidos.
(*Mirando con efusion la imàgen del escapulario. Oyese á lo léjos la música de una cancion que va acercàndose lentamente.*)
¡Madre de los afligidos!
Tú, tú me puedes salvar!
Tú á quien acato y venero
con puro y filial cariño,
casto y celestial lucero

cuyo nombre es el primero
que me enseñaron de niño.
Tú que ves mis intenciones
y sabes que no merecen
tan duras acusaciones,
¡ay de mi! no me abandones,
hoy que todos me escarnecen!
(*Se oye cantar en este momento debajo de los balcones la siguiente copla, alejándose despues tan lentamente como se han acercado.*)

Canto. *La Vírgen de la Merced*
no quiere ser española,
que quiere ser capitana
de la gente patriota.

Luis. Oh! Dios! ¿Què cancion es esa?
(*Espantado.*)
¿Quiere el cielo que agonice
de dolor?...

Pilar. (*Con ansiedad.*) Cede en tu empresa!
Que la Vírgen te lo dice.

Luis. (*Confundido.*) Helada mi sangre siento!....
Oh! No mas! Solo la muerte
Pondrà fin à mi tormento....
(*Entrando desvanecido en la habitacion donde ha estado oculto.*)
Volemos al campamento,
Patria mia, à merecerte!

ESCENA X.

CARMEN, PILAR. Anochece.

Càrmen. Huyó! Ya no hay salvacion,
hija mia, no nos ama!

Pilar. Pero llora, tal vez son
las lágrimas que derrama
lágrimas de redencion!

Càrmen. Quizà te engaña el deseo.

Pilar. Quién sabe!

Càrmen. Pronto saldrás
de tu error!

Pilar. Si no lo creo!

ESCENA XI.

DICHAS, Y BLAS, con una luz que pone sobre la mesa.

Blas. Santo Cristo de la Seo!
Pilar. Qué sucede?
Cármen. Habla, Blas. (*Impaciente.*)
Blas. No soy para estos belenes.
Pilar. Pero no ves que nos tienes
inquietas? Vamos á ver
qué pasa?
Blas. Que suben!
Càrmen. Quiénes!
Blas. Otra! quiénes han de ser?
Los buenos! la gente neta
que va contra el señorito,
y que ya nada respeta.
Pilar. Ay, Dios!
Blas. Cayó en el garlito!...
Voy à buscar mi escopeta!...
Cármen. Vé, llama al amo en seguida.
Blas. Malo es don Luis, y le quiero,
que es mi sangre agradecia.
Pilar. Van á matarle!...
Blas. (*Con calor.*) Primero
han de arrancarme la via.
Càrmen. No tardes, corre!

ESCENA XII.

CARMEN, PILAR.

Pilar. Dios mio!
en tu clemencia confío!
Cármen. Ya suben por la escalera.
¿Oyes?
Pilar. Grande es su extravío,
mas yo no quiero que muera!

ESCENA XIII.

CARMEN, PILAR. Por la puerta de entrada aparecen el SARGENTO QUIÑONES y un grupo de pueblo con armas y hachones encendidos, despues PABLO Y BLAS armados de escopetas.

Quiñ. (*En la puerta y deteniendo el grupo.*)
Silencio!... La gente quièta!...
Naide entre aquí por su bien,
ò en ménos de un santiamen
vuervo y le rompo la jeta.
Lo dicho, si hay argun guapo,
yo sabré tenerle à raya.
Cartag. (*Adelantándose.*)
Otra! Es que nosotros!.!.
Quiñ. Vaya,
à que te largo un sopapo?
Voces. Hay que registrar...
Quiñ. No digo!
Pues si empieso ¡voto á brios!...
Pa registrar bastan dos
que pueden entrar conmigo.
(*Escogiendo à dos del pueblo.*)
Tù y tú, los demas ¡chiton!
que haiga en todos desceplina.
(*Acercándose.*)
A la parte de Dios, madrina.
Mu güenas noches, patron.
Pablo. Qué es esto?
Quiñ. Ná! ¿Qué ha de ser?
Er pueblo que anda escamao
buscando al extrangerao. .
Pablo. Y yo qué tengo que ver?
Es razon para que asi
la casa me escandalicen?
Quiñ. Cierto. Mas dicen que dicen,
que dicen que se entró aquí ..
Cartag. Es verdad.
Quiñ. (*Amenazándole.*) Que te santiguo!
calla!—Al pasar casuarmente,
veo arborotá á la gente,
y la rason averiguo.

Vaya, dije en er portá,
me voy con la cometiva,
que van á asustarse arriba
si no ven gente formá.
Y aquí estoy, ¿ ustè me entiende ?

Pablo. Pero esto...

Quiñ. Nà, en dos minutos
se convencen estos brutos
de que en la casa no hay duende.
Y si tardan otros dos
en largarse y esto quiebra,
se va à enrear la culebra,
¡ que se enrea, como hay Dios !
Conque á ver...(*A los dos paisanos.*)

Pilar. (Virgen María !
le van à hallar !) (*Espantada.*)

Pablo. (*Con decision.*) Un momento.

Cármen. (*Llena de angustia.*)
(Que no entren, señor sargento
¡ Soy su tia !)

Quiñ. Usté su tia !
(*Mirando sorprendido á los dos que le siguen.*)
Qué ? sois sobrinos...

Pilar. (*Asustada.*) (Piedad,
Dios santo.)

Pablo. (Señor Quiñónes,
en las malas ocasiones
se conoce la amistad.)

Quiñ. (Qué ocurre ?)

Poblo. (*Señalando con la vista el cuarto donde está Luis.*)
(Allí está escondido.)

Quiñ. Quién ? El ! (*Con sorpresa.*)

Pablo. (Es de mi familia,
y si usted no nos auxilia
y le encuentran !...)

Quiñ. (Entendido.
Jamás en lances tan malos
me he visto...No sé qué hacer...
Ah ! Brava idea ! Emprender
con esta canalla à palos.)

Pablo. (Hombre no ! (*Asustado.*)

Quiñ. Qué es mala treta ?

Pablo. (*Hablándole al oido.*)

Hay un medio...
Quiñ. (*Convencido.*) Ah! ya se ve.)
Cartag. (*Impaciente.*)
Con que ¿vamos?
Quiñ. (*Con seriedad.*) Calle ustè,
señó faró de retreta.
No hay mas que echarlo á barato?
Vayamos con precaucion,
que este moso es el raton
y vosotros sois el gato.
Por aqui sin meter ruio
le buscais. Yo voy aentro
hecho un lobo.. Uff, si lo encuentro!
(*Señalando á los dos una de las puertas laterales, entra por la que conduce al cuarto de Luis, y al pasar por cerca de Pablo le dice en voz baja.*)
Patron, ya está usté servio!

ESCENA XIV.

DICHOS, ménos QUIÑONES, y los dos que le compañan.

Pilar. Padre! (*Con ansiedad.*)
Pablo. Silencio! Que están
mirando!...
Càrmen. (*Sobrecogida.*) Pablo!
Pablo. (*Tranquilizándola.*) Descuida!
Cármen. Si no tiene mas salida
que la ventana...
Pablo. Qué afan!
El sargento tiene honor
y en su prudencia confío
Càrmen. Si le encontraràn, Dios mio!
Pilar. Temblando estoy de pavor!

ESCENA XV.

DICHOS, QUIÑONES saliendo. Despues los dos paisanos.

Quiñ. Pue señó, que entre er que quiera.
Ni una mosca hay en er cuarto.
¡Fortuna tiene! le parto,
si llega á estar, la mollera.
(*A los dos que salen.*) Qué tal?

Cartag. Toita la casa
Hemos recorrio, y ni esto.
(*Haciendo señal de no haber hallado nada.*)
Quiñ. Pues ya estorbamos, er puesto
libre, que er tiempo se pasa.
Pablo. No ! (*Deteniéndolos.*)
Cármen. Què vas á hacer ? (*Asustada.*)
Pablo. (*Al grupo.*) Entrad
todos. ¿ Os parece justo
llevar la inquietud y el susto
à toda la vencidad ?
Para què teneis fusiles ?
No hay en el campo tiranos ?
ó es que los americanos
se han trocado en alguaciles ?
Tantos contra un hombre solo ?
Esto es valor ? voto al diablo !
Cartag. Tiene usté razon, don Pablo,
pero en fin !...(Yo me atortolo !...)
¿ quién su cólera domina
si es un traidor ?...
Pablo. ¡ Què lo sea !
se le busca en la pelea,
pero no se le asesina.
(*Rumores entre la gente.*)
Quiñ. No lo ois ?
Cartag. Tiene razon.
Too er mundo á la trinchera.
Quiñ. Conque... media güerta. Juera !
Y no tengamos funcion !

ESCENA XVI.

DICHOS, ménos el grupo de paisanos. Luego BLAS.

Pablo. Ya puede salir de aquí
sin riesgo.—Gracias, Quiñónes.
Los honrados corazones
siempre proceden asì.
Cármen. Gracias. Nunca olvidaremos
lo que acaba usted de hacer.
Pilar. Nunca ! (*Con efusion.*)
Quiñ. Y se puede saber
á qué son tantos extremos ?

Pablo. Pues si usted no le socorre
le hubieran muerto !
Quiñ. (*Sin entender bien.*) Esto es gringo.
Miusté, patron, yo distingo
un pelo sobre una torre.
Si estoy abroncao.
Pablo. Por qué ?
Quiñ. Llego á esta casa mu sério,
y usté dice con misterio :
¡Allí está. Sàrvele usté.
Y usté por bajo añidia : (*A Doña Càrmen.*)
Que soy su tia !
Cármen. En buen hora
lo dije !
Quiñ. Si ? pues señora,
cuénteselo usté à su tia,
que á mì naide me la da...
Vaya que el conejo es flojo !
Entro, llamo, me desojo
buscando...
Pablo, Cómo ? No està ?
(*Pilar entra precipitadamente en el cuarto.*)
Quiñ. Que ! no señor.
Pablo. Otra pues !
Cármen. Imposible ! (*Con sorpresa.*)
Quiñ. Soy yo ciego ?
Si tendré que hablar en griego
pa que me entiendan ustés ?
Pablo. Pero...
Pilar. (*Saliendo.*) Ay, madre, se ha marchado ;
abierta està la véntana...
Cármen. Mi esperanza ha sido vana.
¡ Es un cobarde, un malvado !
Pilar. Y yo le he podido amar !
Pablo. Si tiene el alma mas fria
Que el hielo !
Cármen. (*Abrazàndola y llorando.*) Pobre hija mia !
qué hacer ?
Pilar. Morir ! (*Entrándose con desaliento.*)
Cármen. No ! olvidar.
Quiñ. Vaya, à que me vuelven loco.
(*Con sorpresa i viendo la tristeza de la familia.*)
Ahora lloran !
Dí, Mambrú, (*á Blas,*)

què es esto? Lo entiendes tú?

Blas. Yo no.

Quiñ. No? Pues yo tampoco.

Blas. (*Con mal tono.*) El que no sabe, pregunta. (*Marchàndose.*)

Quiñ. Eso hago.

ESCENA XIX. XVII

DICHOS, ménos BLAS.

Pablo. (El alma me parte
su dolor!..) (*Dirigiéndose á la puerta y mirando a su hija con profunda pena.*)

Cármen. Vas à marcharte!

Pablo. Que he de hacer? voy á la Junta...

ESCENA XX.

DICHOS Y CEREZO agitado. XVIII

Cerezo. Pablo!

Pablo. Tú en esta ocasion!

Cerezo. Dame un abrazo de albricias,
pues vengo à darte noticias
que alegran el corazon.

Pablo. Por Dios y la Vírgen pura...
despacha!

Cerezo. Génio y figura!...
Voy á hablar aunque reviento.

Pablo. Habla! Pero habla bien alto,
porque ya estoy sin sentido.
(*Cayendo en una silla.*)

Cerezo. Que Soublette ha resistido
y rechazado un asalto!
La altiva, española tropa,
por las sombras amparada,
pretendiò esta madrugada
dar un asalto à la popa:
Allí... cierto... solo habia
cuatro espectros macilentos...
todos enfermos, hambrientos...
pero llenos de energía!
Sube al cerro el español...

nadie lo estorba... preciso !
llega al puente levadizo...
y allí se le nublò el sol !
Soublette con los artilleros,
dió la salva de ordenanza ;
mas Morillo sin tardanza
lanzó sus alabarderos...
Recio se trabó el combate...
Eran muchos contra pocos !...
Cuando una legion de locos
quiso darnos el empate.
Era un infierno de balas !
una tiniebla de humo !
Se divisaba á lo sumo
la oscuridad... En las alas
de aquel vendabal de fuego,
de gritos, de confusion
se oyó caer el porton
del puente !

Pablo. (*Levantàndose.*) Gran Dios !

Quiñ. ¡ Reniego !

Cerezo. El español avanzaba
con jesto y aire triunfante ;
y se oyó que un comandante
« La Popa es nuestra ! » gritaba ;
pero así se armó el fandango...
la gente nuestra embestia...
y otra voz ronca, decia,
« No miéntras viva Piñango ! »
Así fué !... Con rabia fiera
se vió Morillo acosado,
y vencido, acuchillado
tuvo que arrollar bandera !

Pablo. Bravo !

Cármen. (*Con fe y entusiasmo.*) En esta santa guerra
Dios nuestro esfuerzo encamina.

Quiñ. Viva Piñango ! Madrina,
esto ha pasao en mi tierra !

Pablo. Ves ? me mata la alegría !
Deveras... no sé que hablo !
Oyes ? (*Ruido dentro de músicas marciales.*)

Cerezo. Alégrate, Pablo !
Hay mas ! hay mas todavía !

Quiñ. Esto la sangre envenena !

Cerezo. Dios nuestras armas ensalza !
Pablo. Qué hay mas ?
Cerezo. Que Morillo alza
el sitio de Cartagena !
En su torpe empresa ceja
vencido y escarmentado.
El campo en sangre bañado
y lleno de muertos deja.
Ya abandona para huir
las piezas de gran calibre...
(*Cañoneo y ruido de campanas.*)
Pablo. Señor, mi patria está libre !
Señor, ya puedo morir !
Cerezo. ¿ Qué mas puede desear
Mi vejez cansada y fria !
Ya tengo una tumba mia
donde poder descansar !
Quiñ. Caramba !... Estoy que no sé...
Tengo alegría y tristesa...
(*Arrecia el fuego.—Confusion.*)
Si acaso en la fortalesa
haré falta ?
(*Al salir precipitadamente, tropieza con Blas que entra agitado.*)

ESCENA XXII.

DICHOS Y BLAS.

Blas. Quite usté !
Càrmen. Blas !
Pablo. ¿ Què ha sucedido, Blas ?
Blas. Loco estoy de regocijo !...
que don Martin...
Cármen. Qué hay de mi hijo ?...
Responde !...(*Agitada.*)
Pablo. (*Impaciente.*) No acabarás !
Cerezo. Vamos, prosigue !
Quiñ. Anda, di !
Pablo. Hombre, despacha !
Blas. (*Confundido.*) No acierto...
que el señorito...
Cármen.. No ha muerto ?
Pablo. ¡ No ha muerto !

Blas. Si viene aquí!
Càrmen. Mi hijo!
Cerezo. Mi ahijado!
Pablo. (*Dejàndose caer desfallecido en un sillon.*)
Poder
de Dios! Estalla mi pecho!...
Estoy al dolor tan hecho,
que me asesina el placer.

ESCENA XXIII.

DICHOS, MARTIN, PILAR y algunos milicianos conduciendo á Luis, que viene herido. Todos corren à su encuentro. El cañoneo y fuego de fusilería continuaràn hasta el fin del drama.

Càrmen. Hijo!
Pablo. Martin!
Martin. Madre mia!
Padre! (*Se abrazan.*)
Quiñ. (*Preocupado.*) Otra vez el cañon!
Pablo. Contigo su bendicion
el Dios del cielo me envia!
Pilar. Pero Luis...
Pablo. Dònde està... dónde?
Martin. Mire usted! (*Señalándole.*)
Pab. y Car. Oh!
Martin. Es un valiente!
Pablo. Sangre destila su frente.
Càrmen. Qué ha sucedido? Responde!
Martin. En el combate ensañado
que acabamos de librar,
le vì valeroso entrar
delante del mas osado.
«Viva la Patria!» decia
y al enemigo avanzaba...
«Viva la Patria!» gritaba
con arrogante energia!...
Luego con convulsa mano
levantó nuestra bandera!...
A la española trinchera
se lanzó!... Esfuerzo vano!
En ella talvez la muerte
encontró!

Pilar. (*Corriendo al lado de Luis.*) ¡Pobre Luis mio!
Martin. Bien, así se justifica!
Cerezo. Esa sangre purifica!
Quiñ. Y mucha, mucha ha vertio.
(*Càrmen, Pilar y los milicianos entran à Luis por la segunda puerta de la izquierda. Todos, ménos Pilar regresan á la escena.*)
Pablo. (*Con efusion*) Pero somos libres ya!
Martin. No, padre, no todavía.
Cerezo. ¿Qué dices?
Martin. Que la energía...
rendida ante el hambre está.
Solo tabaco y jabon...
y plata... que nada vale...
es la provision que sale
para darnos de racion.
El hambre mas que las balas,
diezma nuestra escasa gente;
el hambre, el hambre inclemente
bate de muerte sus alas...
Ya para nadie es misterio
que se agota nuestro brio...
Ya no hay vida, padre mio!
la plaza es un cementerio.
Pablo. Luego el español no piensa
levantar el sitio?...
Martin. No.
La junta al fin resolvió...
Cerezo. Habla!
Pablo. Dí!
Cerezo. (Me dá vergüenza!)
Pablo. Dí, qué han resuelto, hijo mio?
Martin. Emigrar.
Quiñ. Del mal er ménos!
Cerezo. (*Estallando.*) Y no hay dogales, venenos!
Pablo. Emigrar! (*Arrecia el fuego.*)
Quiñ. (*A Cerezo.*) Oiga usté, tio!
Pablo. Y está resuelto?
Martin. Resuelto!
Pablo. (*A Càrmen.*) Cuidad vosotras de él,
(*aludiendo à Luis*)
miéntras vamos en tropel...
Càrmen. Adónde?...
Quiñ. (Está er diablo suelto!)

Pablo. A cumplir nuestro deber,
al pié de nuestra bandera !
Càrmen. Pablo !
Martin. Padre !
Càrmen. Espera !... Espera !...
Pablo. Pronto !... A morir ò vencer !
(*Arrecia el cañoneo. Confusion de voces dentro. Martin y Quiñones se asoman al balcon.*)
Martin. Ya es tarde, padre y señor.
Ved la emigracion que pasa.
Pablo. (*Cayendo abatido en un sillon.*)
Bien... muy bien... aquí en mi casa
tumba hallarà mi dolor !
Cerezo. ¿Y qué será de este anciano...
pobre, solo y afligido...
cuando se vea abatido
à las plantas del tirano ? (*Llora.*)
Martin. (*Con energía*) Pero, señores, acaso
huye cobarde el que emigra ?...
No veis que lucha y peligra
su vida al abrirse paso ?
Emigrar !... Acaso van
à ver, cruzados de brazos,
que hagan la tierra pedazos
dó nuestras madres están ?
Emigrar !... Variar de suelo,
pero sin cambiar de idea !...
Vivir para la pelea,
bajo el calor de otro cielo !...
Dar la vida en recia lucha,
bajo el plomo ó el acero...
Esa es muerte de guerrero,
que puede dar gloria... y mucha !
Pero morir angustiado
por el hambre... eso es horrible !
¿ Quién puede ser invencible
por el hambre acuchillado !
Eso quiere el pueblo altivo
que emigra... por no entregarse !
Para la lucha... salvarse !
Para morir... quedar vivo !
Pablo. (*Levantándose.*) Tienes razon, hijo mio
Cerezo. Pues emigro !
Quiñ. Y yo !

Blas. Y yo!
Pablo. No dirà la patria, no,
que nos ha faltado brio.
(*A Càrmen.*) Tú de Pilar en union
consolaràs al valiente
que ungió con sangre su frente,
para hallar su redencion.
Cerezo. Señores, pronto á partir,
en pos de nuestra bandera!
Martin. Sí, Bolívar nos espera,
para vencer ó morir!
Pablo. Cerremos el corazon
á todo otro afecto extraño;
ningun amor haga daño
al amor por la nacion.
Cuéntese viuda la esposa,
sin hijos la madre triste...
que hoy solo de amor se viste
la madre patria.—Lujosa
renazca del campo-santo
donde ensangrentada queda. (*Llora.*)
Cerezo. Todo ante la patria ceda!
Martin. Padre, enjugad vuestro llanto!
Nuevas lides afrontar
debemos con pecho fuerte!
Pablo. La libertad ó la muerte!
Martin. Pues á la mar!
Todos. A la mar!

(Parten animosos por la derecha. Càrmen los mira atribulada. Ràsganse las cortinas del balcon, y aparece la bahía de Cartagena, en los momentos solemnes de la emigracion. Fuego de Bengala.)

ESCENA ULTIMA.

CARMEN, (à vista del cuadro se postra y exclama.)

Dios mio! Tu proteccion
concede al pueblo oprimido!
Antes que verlo rendido...
Ampara su emigracion! (*Telon ràpido.*)

FIN DEL DRAMA.

ERRATAS SUSTANCIALES.

PAG.	LINEA.	DICE
38.	6.	(*Conteniendo la ira.*) Padre, hable usted *Martin.* que voy perdiendo la calma !
		LÉASE
		Martin. (*Conteniendo la ira.*) Padre, hable usted que voy perdiendo la calma !
		DICE
47.	2.	*Pilar.* Era Martin Romero ?
		LÉASE
		Pilar. Era Martina Romero ?
		DICE
54.	11.	*Blas.* (*Asustado.*) Pues nada he vito.
		LÉASE
		Blas. (*Asustado.*) Pues nada he visto.
		DICE
65.	2.ª	Martin ha muerto quizá.
		LÉASE
		Martin ha muerto quizás.
		DICE
68.	16.	(*Desconsolada*) (Dios mio !)
		LÉASE
		(*Desconsolada*) (Dios mio !) *Voces del pueblo.*
		DICE
75.	26.	A la parte de Dios, madrina.
		LÉASE
		A la pas de Dios, madrina.
		DICE
80.	20.	que alegran el corazon *Pablo.* Por Dios y la Vírgen pura....
		LÉASE
		que alegran el corazon. *Cármen.* No se vaya usted, sargento. *Pablo.* Por Dios y la Vírgen pura....
		DICE
80.	24.	Voy á hablar aunque reviente,
		LÉASE
		Voy á hablar, porque reviento.
		DICE
80.	33.	dar un asalto á la popa.
		LÉASE
		dar un asalto á La Popa.

UN CUARTO CON DOS CAMAS.

JUGUETE COMICO EN UN ACTO

ARREGLADO A LA ESCENA ESPAÑOLA

POR D. JUAN DEL PERAL.

BOGOTA.

IMPRESO POR CANDIDO BONTON.

1873.

Un cuarto con dos camas.

JUGUETE COMICO EN UN ACTO,

ARREGLADO A LA ESCENA ESPAÑOLA POR D. JUAN DEL PERAL.

PERSONAS. { COSME / DAMIAN

El cuarto de una posada: decoracion cerrada: ventana á la izquierda del espectador, y puerta á la derecha. En el foro dos camas con cortinas: ámbas cabeceras caen hácia el centro del teatro. Junto á cada cama, dos sillas, una mesa con jarros, palanganas y una baraja: todo mui pobre.

ESCENA PRIMERA.

COSME, DAMIAN.

(Damian acostado en la cama de la izquierda. Las cortinas corridas para que no se le vea. Al alzar el telon, está oscuro el teatro. Larga pausa. Cosme y la criada de la posada fuera.)

Cosme. Cuál es el número tres?

Criada. Ese: abra usted la puerta.

Cosme. (*Abriendo.*) Toma! Como le falta el garabato, crei que era un siete medio borrado. (*Sale con un candelero, una maleta, y un saco de noche.*) Este es mi cuarto?... Calle... y hay dos camas.

Criada. (*Siempre fuera.*) Le despertamos à usted temprano?

Cosme. (*Saca el reloj.*) No muy tarde, son las tres de la madrugada.. à las once y media de la mañana. (*Viene al proscenio y vuelve.*) Ah, oye tú, Maritornes; es tranquila esta posada?

Criada. Sí señor, la mejor de las dos que habia; por eso quitó la suya la señora Pascuala.

Cosme. Pues si no hai otra, de fijo es la mejor esta. (*Deja la luz en la mesa, y el equipaje en el suelo.*) Las posadas de la Mancha, no son muy buenas en verdad... Dios quiera que se hagan los caminos de hierro para ahorrarnos los mesones. Mala cama, velas de sebo, comer... «lo que usted traiga;» toda

la noche aullando los perros, rebuznando los burros..... Y cacareando los maridos de las gallinas. Voy á cerrar por dentro, pues tambien suele haber gente de... (*Designando el hurto con la mano.*) Ya estoy seguro. (*Ha cerrado y se quita el chaqueton.*) Ahora la requisa, porque estas camas suelen parecerse á la india, y estar pobladas de antropófagos que devoran á los viageros. (*Mirando.*) Las sábanas amarillas... Eh! eso es de la plancha: mas no veo ningun animal picante. Nada tendria de estraño hallarlos en el campo cuando en Madrid, en las casas de huéspedes... y por férias... (*Muy sério.*) Y eso que Madrid es la corte, y se hacen pasages, y jardines, y hay muchos teatros, y muchos toros, y muchos... mas como impedirlo? Las chinches tienen el derecho de entrar en la capital, cuando yo no me atrevo á hacerlo. Dios me libre! Sin saber qué ha sido de ella... Desgraciada! Al cabo de cinco años... Habrá muerto? Si lo supiera de fijo... Eso me tranquilizaria. (*Saca un gorro blanco del saco de noche, y se lo pone.*) Vamos á dormir, sosegadamente... Como persona que bebe... O como beata en sermon. Mañana seguiré mi marcha. Què es esto? Una baraja! Qué sucia! Parece que han estado gallegos jugando á la brisca. Todos juegan! La sed de oro... Ese es el espíritu del siglo XIX! (*Miéntras se quita la corbata, empieza à roncar Damian, al principio bajo, despues fuerte.*) Me parece que oigo soplar; de allí viene el ruido... (*Pausa.*) Qué diablos habrá en esa cama? Tal vez alguna gata, de par... es decir, en estado interesante, como se dice ahora. (*Grandes ronquidos.*) Càspita! Si es gata, es de dos pies... Véamos. Ave-María purísima! Es un cristiano con mas barbas que un zamarro. (*Ronquidos.*) Sigue... sigue. . Eh, buen hombre... no responde. Tal vez sea algun frances que venga á estudiar la España para escribir luego, que aquí todas se llaman Mariquitas, y bailan el bolerro, y fuman. Eh! Monsieur, Monsieur, dispertés vous... (*Gritando.*) Este hombre ha tomado opio! Ahora verás lo que te pasa. (*Coge el jarro y con la mano le llena de agua la cara.*)

Damian. (*Muy tranquilo.*) Aun no puede ser de dia.

Cosme. Pero oiga usted.

Damian. Lárgate: ya te he dicho que me despiertes al amanecer. (*Se vuelve del otro lado.*)

Cosme. Es que...

Damian. Lárgate, imbècil.

Cosme. Es que yo no soy el mozo de la posada.

Damian. (*Sobresaltado, se incorpora.*) Entònces... (Ay Dios! ya me habian dicho que los habia en las posadas.) Mire usted que

no tengo dinero: solo llevo unos treinta reales, ahí en el chaleco.

Cosme. Pues no me toma por un ladron! Yo soy un viagero honrado.

Damian. (Si serà sonàmbulo?)

Cosme. He pagado el cuarto, y quiero que me deje usted dormir en paz.

Damian. Esa es buena!.. Mas razon tendria yo para quejarme, ya que usted me despierta.

Cosme. Es que estoy en mi cuarto.

Damian. Se equivoca usted, es el mio: tambien yo le he pagado.

Cosme. El pícaro del posadero por cobrar las dos camas...

Damian. Qué hora es?

Cosme. Las tres en punto... y nublado.

Damian. Yo me voy en la dilijencia de las cuatro, con que... (*Se tiende.*) Felices noches.

Cosme. Una hora pronto pasa... (*Bosteza.*) Estoy rendido, y no quiero quimeras. (*Se vá à su cama, corre las cortinas, se quita el pantalon, y se mete en ella. Pausa. Empieza á roncar Damian.*) (*Cosme dentro de las cortinas.*) Otra vez! Huy... huy... (*Siguen los ronquidos.*) Esto ya es demasiado. (*Se hecha abajo en calzoncillos.*) Eh, amiguito, oiga usted, pronto.

Damian. (*Incorporándose.*) Dale bola... Vuelve usted otra vez á fastidiarme... á turbar mi reposo?

Cosme. Usted es quien turba el mio.

Damian. Yo! ni le miro á usted siquiera.

Cosme. Ya... usted no me mira... pero usted ronca.

Damian. Yo ronco? Jamás lo he notado.

Cosme. A ver si duerme usted en silencio... ó sino...

Damian. (*Enfadado se echa tambien abajo. Ambos están en calzoncillos. Damian tiene gorro negro.*) Duermo como me dá la gana. Se parece usted à mi mujer.

Cosme. Yo!

Damian. Es decir, en lo impertinente. Tambien ella, porque respiro fuerte, se empeña en que ronco, y me despierta diez veces entre noche.

Cosme. Hace bien.

Damian. Usted es casado?

Cosme. No señor.

Damian. Soltero? Què feliz estado!

Cosme. No señor.

Damian. Viudo? Mejor todavía!

Cosme. Tampoco.

Damian. (*Miràndole.*) Sabe usted que la hora es buena para chanzas;

Cosme. No me chanceo.

Damian. Todo hombre es soltero, casado, ó viudo.

Cosme. Yo he sido soltero y casado.—Pero no soy viudo: mi mujer es la viuda.

Damian. (*Atontado.*) Ella es viuda, estando usted vivo?

Cosme. Es que yo no estoy vivo.

Damian. (*Dando un salto á atràs.*) Como! Ea! no hay que gastarme esas bromas!..

Cosme. He muerto...

Damian. Para el mundo?

Cosme. Para mi mujer. No lo entiende usted?

Damian. No mucho.

Cosme. Se conoce que tiene usted malas entendederas. Con mi mujer era la casa un infierno, y he resuelto morirme para salir de él... y miéntras ella me cree en el otro mundo...

Damian. Usted goza por este lo que puede, eh!

Cosme. Cabalito.

Damian. Entónces, cuénteme usted cómo ha logrado morirse, sin que le cueste la vida.

Cosme. (*Como si empezara un cuento, pero de repente se vuelve.*) Pues señor... Otro dia mas despacio, que ahora tengo sueño.

Damian. Despues que usted me ha desvelado!.. Y cuando me desvelan, ya no vuelvo á recobrar el sueño.

Cosme. Y cree usted que yo he venido para entretenerle à usted, como á los niños, contàndole cuentos? (*Se acuesta.*)

Damian. (*Mira su reloj que está colgado.*) Las tres y cuatro... Todavía media horita.

Cosme. Buenas noches.

Damian. (*Los dos acostados; de una cabecera á otra solo hay una vara de distancia.*) Ahora que àmbos hemos tomado la horizontal, pudiera usted contarme su historia... A ver si yo aprendia el medio de morir para mi mujer.

Cosme. Veo que no ama usted con delirio à su consorte.

Damian. Psth... Tiene 51 años... mas lo peor es el génio. Vivimos en Pedroñeras: allí tengo una fàbrica de ligas, puesta con su dinero, desde que tronó mi manguitería de la calle Mayor.

Cosme. Tenia usted manguiteria?

Damian. Sì, y allí daba gato por marta, y conejo por chinchilla à cuántas me compraban paletinas.

Cosme. Ya, y lleva usted ligas á Madrid?..

Damian. Ca, no. Vengo á Villatobas á recibir á mi mujer, que ha ido á la córte.

Cosme. Por algun asunto importante?

Damian. Sí señor: á ver La Pata de Cabra. A las cuatro llegará en

la diligencia de Valencia; con que... miéntras, cuénteme usted su historia.

Cosme. Mi historia es muy romántica... habria con ella para llenar un mes los folletines de *El Heraldo*. Nací siete-mesino.. de pequeño era muy rubito y muy lindo.

Damian. Caramba, y como ha variado usted!

Cosme. A los doce años, en lugar de ir à la escuela, pasaba el dia en echar barcos de papel en la fuente de las Cuatro Estaciones.

Damian. (*Durmiéndose.*)Eso es poco importante...

Cosme. Conociendo por esto mi padre mi aficcion á la marina..! me puso á estudiar latin con los Jesuitas... pero ni por mas azotes pasé del *quis vel qui*. Trascurrieron años y años y cumplí los 18... (*Notando que no le escuchaba.*) Me oye usted? Ya baja! Y eso que no atrapaba el sueño si le desvelaban! Mejor! con eso me dormiré yo tambien. (*Pausa. Damian ronca.*) Otra misa sale... y va de tres. Maldito sea tu pellejo! (*De rodillas en la cama, á gritos.*) Eh! escuche usted, acababa yo de cumplir 18 años...

Damian. (*Despierta asustado.*) Què... què es eso?... (*De rodillas en la cama.*) Quién tiene 18 años?

Cosme. Yo, cuando salí de los Jesuitas. No se ha enterado usted de nada.

Damian. Si tal, cierro los ojos... pero me entero. (*Vuelve à costarse.*) Siga usted.

Cosme. Pasaré por alto mis travesuras con las vecinas hasta que caí quinto. Ya iba á marchar al regimiento, cuando recibí una misteriosa carta: «Amable jóven; tiene usted muy bonita figura, y es làstima esponerla á que la agujereen las balas; yo tengo algun dinerillo, soy jóven aún, os amo, y os ofrezco mi mano, mi fortuna, y un sustituto.»

Damian. Sustituto? Y os lo confesaba!

Cosme. Para el ejército, hombre... no para el matrimonio. (*Durmiendo.*) La carta venia firmada Verònica Barron... y las señas, calle de Peligros... número...

Damian. (*Dando un salto é incorporándose.*) Cómo! que... Verò...Bar... Peligr... Vamos, siga usted.

Cosme. Pues... Verònica... calle de... Peligros. (*Se duerme y empieza èl ahora á roncar.*)

Damian. Ahora es él... Eh, eh, el Jesuita... el quinto de la carta. (*Sacudiéndole.*)

Cosme. (*Despierta.*) Qué quiere usted?

Damian. Saber el fin de la historia.

Cosme. Dónde estábamos?

Damian. Al principio de vuestra carrera militar, cuando cayó usted quinto.

Cosme. Ah, sí. Pues no pasé de ahí, no llegué á general: así déjeme usted tranquilo. (*Se vuelve.*)

Damian. No me da la gana. Me interesa esa historia y quiero conocer el desenlace.

Cosme. Pero dónde estábamos?

Damian. Cuando cayó usted quinto.

Cosme. Ya me lo ha dicho usted dos veces. Quiere usted el recibo? Dormir en el cuarto de usted es lo mismo que en el de una culebra con cascabeles. (*Se levanta.*)

Damian. Ya hemos leido el billete, y despues?

Cosme. Lo creì una broma, sinembargo, voy à la casa. Lo creerá usted? Verónica existia... ella escribió la carta... ella tenia 45,000 reales, 45 años: por lo demas se conservaba lo mismo que de jóven; fea siempre. Era viuda de otro infeliz, tal vez comprado como yo, en el mercado de la desgracia. Entre Verónica y cargar con el fusil, cargué con Verònica, y como Febo tuve un fin tràgico, me casé.

Damian. (*Apretándole la mano.*) Cuánto me està usted interesando!..

Cosme. Al mes de matrimonio yo lloraba por el regimiento. Cada dia descubria en ella un nuevo defecto... 365 al año... Estuve casado dos años, con que sume usted.

Damian. (*Como pensando.*) No tengo pluma. Pero sì, eso es; sobre poco mas ò ménos sale la cuenta.

Cosme. Un dia, domingo era... me echó en cara que me habia pagado 3,500 reales para el sustituto, añadiéndome, "que no valia yo tanto dinero." La tiré un plato á la cabeza: ella me tiró la botella... y como era domingo, así santificamos las fiestas.

Damian. Le hizo à usted daño con la botella?

Cosme. (*Sin escucharle.*) Para abreviar, tomé una resolucion definitiva; cogí tres camisas, dos pares de calcetines, y algunos cuartejos, y tomè las de Villadiego.

Damian. La estratagema de la fuga.

Cosme. Temiendo que hiciera requisitorias, me ocurriò una idea famosa. Me voy al canal, y junto al primer molino dejo el equipage y una carta anunciando mi suicidio.

Damian. Ya... le han creido à usted ahogado, y por eso su esposa de usted quedó viuda, estando usted vivo.

Cosme. Eso mismo: lo ha adivinado usted.

Damian. No lo he adivinado, porque lo sé todo; usted se llama Cosme Ratimago, y en *El Espectador* salió la noticia de su muerte, atribuyéndola á pérdidas en el juego.

Cosme. Cosas de periódicos.

Damian. Su mujer de usted se ha vuelto á casar.

Cosme. Ha comprado tercer marido ?

Damian. Sí señor, un desgraciado, que no hallando ya gatos que matar, perdió todas sus pieles y, estaba para perder la suya. Un manguitero arruinado... que para no morir de hambre, ha tenido que establecer una fábrica de ligas en Pedroñeras.

Cosme. Es usted ?

Damian. El mismo.

Cosme. Usted es el marido de mi mujer ? (Diantre, he hecho mal en contarle la historia; tal vez podrà comprometerme.) Conque su mujer de usted...

Damian. Diga usted la suya.

Cosme. (No lo digé !) (*Se dirige à la puerta.*) Que lleve usted buen viaje.

Damian. (*Deteniéndolo por el brazo.*) Poco á poco, así piensa usted escapárseme ?

Cosme. Me he dejado olvidada la sombrerera.

Damian. No le suelto á usted, aunque me maten.

Cosme. Qué significa esa violencia ? Y la libertad individual, garantida por un sin número de instituciones ?

Damian. (*Forcejea.*) Ola, amiguito, con que usted se ahoga de mentirigillas ? Con que usted deja plantadas á sus mujeres, para que otros desventurados carguen con ellas ? Iremos juntos.

Cosme. A dònde ?

Damian. En busca de Verònica.

Cosme. De su mujer de usted ?

Damian. De la de usted.

Cosme. De la de usted.

Damian. De la de usted.

Cosme. De la de usted. La muerte ha roto todo lazo entre nosotros

Damian. Le pondrè à usted por justicia.

Cosme. Enhorabuena : una mujer no puede tener dos maridos... ostensiblemente, y à usted le amparará el juez con el derecho de posesion, y se quedarà usted con la finca ; usted es el propietario.

Damian. Yo no soy mas que inquilino: el casero es usted, mi alquiler ha concluido, y le entrego à usted las llaves.

Cosme. La ley da á usted cuarenta dias... (De que yo me aprovecharè para huir.)

Damian. Yo no me quedo con ella.

Cosme. Yo le obligaré á usted.

Damian. De què modo?

Cosme. Matàndole.

Damian. Un desafio ¿ Admitido.

Cosme. No tenemos armas.

Damian. En la cocina las he visto. Vamos á disputar la dama con las armas en la mano, para ver quién es el feliz que se queda sin ella. (*Vase Damian y deja encerrado á Cosme.*)

ESCENA II.

COSME *solo.*

Me encierra... Creì acobardarle alzando el gallo, pero se conoce que es valiente. Quién diablo me habrà tentado á contarle mi historia? Si pudiera escaparme! (*Abre la ventana.*) Està muy alto... me romperia alguna cosa esencial del individuo... Tal vez no vuelva: serà quizá mas cobarde que yo, y ha buscado ese pretesto para marcharse. Ah! (*Abre la puerta con llave.*)

ESCENA III.

COSME, DAMIAN.

Damian. (*Trae un asador y un trabuco.*) Aquì hay armas. No he hallado mas que esto, pero basta.

Cosme. Un asador? Se piensa usted que yo soy pavo?

Damian. Al avío.

Cosme. Yo tengo la eleccion de armas: usted me ha desafiado.

Damian. Al contrario: usted ha dicho que queria matarme; no importa, elija usted.

Cosme. Soy generoso: venga el trabuco.

Damian. Tome usted.

Cosme. De pared á pared, à la distancia de este cuarto.

Damian. Marchando uno contra otro.

Cosme. Y cada cual disparará cuando guste. (*Se coloca á distancia.*)

Damian. (*Con la espada en actitud de matar al toro.*) Allá voy yo.

Cosme. (*Dispara el trabuco y solo dá chispazo.*) Calle! Si no está cargado!

Damian. (*Andando muy despacio.*) Aun tiene usted tiempo de encomendarse á Dios.

Cosme. (*Pegado á la embocadura.*) Chit...quieto, oiga usted, hombre.. eso no vale... venga el asador.

Damian. Allá voy à clavàrselo á usted.

Cosme. Un momento... me ha ocurrido una idea mejor.

Damian. Véamos. (*Se contiene.*)

Cosme. Pienso que lo que vamos à hacer carece de sentido comun.

Si nos batimos à muerte, ámbos perdemos; el muerto, porque le entierran, y el vivo porque se queda con Verónica.

Damian. No se me ha ocurrido eso.

Cosme. Si á usted se le ocurren muy pocas cosas!

Damian. (*Ha bajado el asador, impensadamente se apoya en él y se pincha.*) Ay... ay! Entónces, cómo se arregla este negocio?.. A ménos de no partir por medio á Verónica...

Cosme. Seria una idea original, si Salomon no la hubiera tenido ántes que usted.

Damian. Quién era ese Salmon?

Cosme. Salmon fué un ministro del rey difunto, pero el Salomon de que hablo à usted, un rey que tuvo ochocientas mujeres.

Damian. En què tiempo fué eso?

Cosme. Antes de la guerra de la independencia.

Damian. Ochocientas mujeres! Nosotros tenemos una entre los dos, y nos parece mucho.

Cosme. Oiga usted mi idea. (*Dejando las armas.*) No hace cinco años que vive usted con Verónica?

Damian. Cinco siglos!

Cosme. Pues aguántela usted otros cinco, y en seguida cargo yo con la plepa. Acepta usted?

Damian Con una pequeña enmienda. Hace cinco años que usted se vé privado de ella; llévesela usted por otros cinco, y le empeño á usted mi palabra de relevarle en seguida.

Cosme. Còmo saldremos del paso? (*Discurriendo.*) Otra idea... oh, esta... esta...

Damian. Vamos à ver esta.

Cosme. Vé usted esa baraja? Le juego à usted su mujer.

Damian. La de usted.

Cosme. La nuestra. Acepta usted la proposicion?

Damian. Con mucho gusto... y al que Dios se la dé, San Pedro se la bendiga.

Cosme. Luego, no hay que quejarse.

Damian. Nada. (Espero perder, pues nunca he ganado al juego!) (*Coge una silla.*)

Cosme. Soy afortunado en el juego, y malo ha de ser que no gane. (*Coge otra silla y entre los dos colocan la mesa delante del apuntador.*)

Damian. Al as de oros, ó á la treinta y una?

Cosme. Mejor es al ecartè, si usté no tiene inconveniente.

Damian. Vaya por el ecarté.

Cosme. Cinco puntos y sin revancha.

Damian. Sin revancha. Si gana usted à Verónica, no tengo otra mu-

jer que jugarle. A ver quién dà; (*Corta*) un siete.

Cosme. Sota. Yo doy. (*corta y despues baraja.*) As de copas.

Damian. (*Asustado al ver sus cartas hace mil contorsiones.*) Malo vá esto, tengo un juego magnífico, y el rey del palo.

Cosme. (Tengo malas cartas... mucho me disgustan.)

Damian. Propongo.

Cosme. Cuàntas.

Damian. Cinco. (*Cambian todas las cartas.*)

Cosme. Yo tomo cuatro. (Y guardo un rey.)

Damian. (*Gozoso.*) Todas cartas blancas. Esto ya es otra cosa

Cosme. (*Id.*) Figuras... sietes... Oh! la cosa varia.

Damian. (*Tira.*) Dos de bastos.

Cosme. Marco el rey.

Damian. Ya tiene usted un punto.

Cosme. Y los que caerán: siga usted jugando. (*Juegan y Cosme gana todas las bazas.*) Tengo tres puntos.....(*Gozoso.*) Solo dos me faltan.

Damian. (*Alegre.*) (Ningun punto! Cobro buenas esperanzas.)

Cosme. Usted dá ahora.

Damian. Esta es la decisiva. (*Baraja y dà.*) Vuelvo. El cuatro de espadas.

Cosme. (*Regocijado.*) Aquí está el rey.

Damian. (*Id.*) Ya tiene cuatro puntos. (*Juegan, y de las cinco gana Cosme tres bazas.*) Ah!.. amigo mio, usted ha ganado... usted ha hecho los cinco puntos. (*Se frota las manos en muestra de placer.*)

Cosme. (*Id*) Sí señor... usted ha perdido, usted no ha hecho ninguno.

Dam. y Cos. (*Al público.*) Por fin, me veo libre de Verónica.

Damian. (*Despues de una pausa.*) Qué ha dicho usted?

Cosme. Repita usted.

Damian. Canto el Te-Deum, porque me ha libertado el cielo de...

Cosme. (*Se levanta.*) Yo soy el libertado.

Damian. Cómo!

Cosme. No he ganado yo?

Damian. Sí, pero yo he perdido

Cosme. Pues eso es.

Damian. Pues eso es. No hemos jugado á Verónica? Usted ha ganado... Suya es Verónica.

Cosme. Estùpido! Usted ha perdido! La ventaja es mia, y se queda usted con Verónica!

Damian. Imbécil! Cuando se juegan dos cuartos, el que los gana, es quien los gana.

Cosme. Estólido! Eso es verdad; pero cuando se juega una mujer, el que la gana es quien la pierde.

Damian. (*Al público à un tiempo.*) El que la gana, gana.
Cosme. (*Id.*) Gana quien la pierde; y si no, (*dirigiéndose á las lunetas*) los señores serán jueces, á su fallo me remito.
Damian. Es un abuso de confianza... La prueba es, que me he descartado de muy buen juego.
Cosme. Hola! Con que hacia usted trampas! Castigo del cielo!
Damian. Pues yo os la endoso.
Cosme. Pues yo no la acepto. (*Ruido de una diligencia.*)
Damian. Oye usted?
Cosme. Qué?
Damian. La diligencia. (*Abre la ventana.*) Verónica llega.
Cosme. (*Cogiendo maleta y saco de noche.*) Yo me largo.
Damian. No se irá usted.
Cosme. Si me iré.
Damian. (*Gritando à un tiempo.*) No.
Cosme. Si.
Voz. (*Fuera.*) Don Damian... Don Damian...
Damian. (*Asomado.*) Ya bajo... Dígale usted à Verónica que la tengo aquí dispuesto un regalo.
Voz. Su mujer de usted no viene, pero tengo una carta para usted.
Damian. No puedo bajar desnudo... Démela usted en la punta de un palo.
Voz. Allà và.
Damian. Qué la tendrá en Madrid?
Cosme. Lea usted hombre. Lea usted.
Damian. Ya voy. Alumbre usted, calla! no és su letra... Es la de mi escribano! «Mi querido don Damian, tengo el disgusto de anunciarle à usted que se ha quedado viudo.»
Los dos. Viudo! Viudo!... Laran-Laran.
Damian. Qué enfermedad tan fulminante! Algun sofoquin de los que ella tomaba. «Una de las abundantes pulmonias de Madrid, apénas la ha dejado tiempo para dejar por heredero á su lejítimo esposo.» Pobrecilla, apesar de todo tenia un corazon muy noble.
Cosme. Siempre la conservè cariño.
Damian. Emplearé sus bienes dignamente.
Cosme. Sus bienes me pertenecen.
Damian. Con que ya ve usted que me deja por su heredero.
Cosme. Deja à su legitimo esposo! Y yo era su legitimo esposo!
Damian. Usted que la abandonó hace cinco años!
Cosme. Me arrepiento y me vuelvo à unir con ella!
Damian. Despues de muerta! Pleitéaremos.
Cosme. Una idea! Ha estado usted con Verónica cinco años?

Damian. Cinco siglos !

Cosme. Yo tomaré posesion del dinero y de la fábrica de ligas, y à mi muerte le dejarè à usted lo que quede.

Damian. Vaya usted al diablo con sus ideas !

Cosme. Pues entónces, para que no se lo coma todo la justicia, partiremos la herencia siendo felices con esa fortuna.

Damian. Que me place : aunque no sea mas sino porque me comunique usted sus ideas.

AL PUBLICO.

Si juzgais sin compasion
y acabais por desairarnos,
es tal en esta ocasion
nuestra desesperacion,
que volvemos á casarnos.

CAE EL TELON.